

Punto Jonbar



LITERATURA TROPICAL

Dirección Editorial: Literatura Tropical Equipo
Universo Literario Tropical
Arte y Diseño de Maquetación: XXXXXXXX
Foto de Autores: Laura Aguirre
Corrección: XXXxxxxxx



LITERATURA TROPICAL

literaturatropical@gmail.com
www.literaturatropical.com

Este libro se terminó de imprimir en el mes de **XXXXXXXXxxxxx** de 2023.
Editado en #Chaco. Impreso en ARG.
Hecho el depósito de la Ley N° 11.723
© Todos los derechos reservados.

Punto Jonbar

Alfredo Germys
Guido Moussa

Si por algo me he alegrado,
Tuerto hijo de una gran puta,
De la espantable viruta
Que te han soplado en Pavón,
Fue por la vaina soberbia
Que el porteñaje altanero
Echó a vos, gran puñetero,
Picaro, tuerto y ladrón.

JUAN CRUZ VARELA

Demoré una vida en reconocer
la más simple y pura de las verdades patrióticas:
quien gobierne podrá contar, siempre,
con la cobardía incondicional de los argentinos.

JUAN MANUEL DE ROSAS

Desembarácese el suelo de los escombros, quiero decir, concluyamos con nuestros enemigos, reformemos los abusos corrompidos y póngase en circulación la sangre del cuerpo social extenuado por los antiguos déspotas, y de este modo se establecerá la santa libertad de la Patria.

Y en consecuencia creería no haber cumplido, tanto con la comisión con que se me ha honrado, como con la gratitud que debo a la Patria, si no manifestase mis ideas según y cómo las siente el corazón más propias, y los conocimientos que me han franqueado veinticinco años de estudio constante sobre el corazón humano, en cuyo, sin que me domine la vanidad, creo tener algún voto en sus funciones intelectuales; y por lo contrario, si moderando mis reflexiones no mostrase los pasos verdaderos de la felicidad, sería un reo digno de la mayor execración; y así no debe escandalizar el sentido de mis voces, de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa, aun cuando tengan semejanza con las costumbres de los antropófagos y caribes.

Y si no, ¿por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal? Porque ningún Estado envejecido o provincias, pueden regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre.

MARIANO MORENO

25 años después

Los 103 años de Héctor Magneto no impedían que pudiera movilizarse a sus antojos gracias a su exoesqueleto diseñado especialmente para movilizarse a sus antojos. Podía seguir vivo gracias a una inteligencia artificial diseñada especialmente para tales fines ontológicos. Para comunicarse usaba un descodificador interfaz que registraba su actividad cerebral en las áreas motoras que controlaban la base mecánica del habla. Y como magnate de Clarín Corporation, usaba un filtro que emulaba los viejos vocoders tipo robot-daftpunk, lo cual generaba cierto desorden de atención en sus eventuales interlocutores. Todavía seguía con nietzscheana fruición la actividad política del Partido Judicial y esperaba no sin cierto profundo desenfado de Super Master Macho Man de rencorosa sanguinolencia que la Argentina supurara, de una buena y puta vez, por todos sus agujeros. Recordaba, eso sí, ese incestuoso deseo que le dio la virilidad requerida, en sus años mozos, para zarandear los destinos de la República como si fuera una gamuza mojada sacudida como un aplauso sobre la panza aceitosa de un piquetero planero anarcotroscokirchnerista. Nadie estaba del todo a salvo en el mundillo de los ceos y puntitos rojos de la city, por muy longevos y poseedores de offshore que fueran, siempre existía la posibilidad que pudieran morir de formas terribles y

brutales. Por eso Héctor Magneto se movilizaba siempre escoltado por una guardia pretoriana mortífera compuesta por luchadores retirados pero letales de la UFC y ex soldados norteamericanos de los equipos tácticos de los Navy Seals. Sin duda el magnate tenía un pánico furibundo a las multitudes negroides que desde el magnicidio se movilizaban casi religiosamente todos los días hace más de dos décadas en una eterna procesión peronista abarcando todos los sentidos de la historia, como es costumbre del peronismo esté prohibido o no. Por eso Magneto no dudaba en exterminar a quien tuviera que exterminar si ello significaba obtener un beneficio propio y/o corporativo, ya que el Partido Judicial, estuviera a cargo de quien estuviera a cargo, siempre administraba en favor de quién correspondía, esto es: los dueños de la verdadera patria, la que brilló en el centenario, la tierra del Gran Propietario Terrateniente Juan Manuel de Rosas, y eso jamás cambiaría ganara quien ganara las elecciones con o sin fraude patriótico. El poder no es el que dan los votos ni la democracia, eso es filfa para la plebe, pensaba Magneto. El poder es el que da la guita. Son, los que toman las decisiones, quienes definen el rumbo de las cosas materiales y abstractas de que se compone la moneda viviente en términos de Pierre Klossowski. Magneto lo sabía, desde que el mundo es mundo había sido así, y por eso se autodefinía a sí mismo como un superviviente. Sabía cómo golpear furibundamente la mesa con la palma de la mano o con el puño vehemente cerrado según la ocasión lo ameritara, y gracias

a su exoesqueleto podía seguir haciéndolo sin mayores precipitaciones. A lo largo de los últimos años había sufrido numerosos ataques terroristas, siempre sin éxito. Por supuesto nada era casual. Y es que Magneto se sentía protegido por una fuerza superior más allá de lo humano y posiblemente para sus convicciones personales suyas muy particulares así era, sobre todo desde su afiliación a la Confederación Galáctica de la Luz en el año 2035. La médium colombiana Mafe Walter, que poesía ADN galáctico estelar y podía comunicarse con criaturas extraterrestres siendo ella misma portal interdimensional, fue contratada por el magnate hace una década atrás para realizar sesiones vip presenciales en las pirámides de Teotihuacán, e incluso en una locación secreta del parque de Chapultepec, en México, donde reprogramaron sus códigos galácticos, su energía cuántica y la emanación de frecuencias solares Hz supradimensionales, y especialmente lograron activar los códigos galácticos en la memoria de ADN célula del gran ceo argentino, que incluyó naturalmente la estimulación de sus dones psíquicos y la extracción de implantes etéricos. Esto le permitió a Magneto acceder a conocimiento alienígena para continuar su cruzada contra la memoria del vulgo. Él sería reconocido como un moderno Bartolo, un fundador. Valiéndose de la acumulación de los conocimientos alienígenas, el mandamás del clarinete se sintió finalmente listo para ocupar el puesto mayor del puesto mayor, pues si bien ya ocupaba el puesto mayor del puesto mayor necesitaba sentirse redivivo y

magnánimo obteniendo el control total de la psiquis colectiva de la República, era una gran deuda para él y el objetivo final por el que había estado trabajando desde el magnicidio y finalmente, finalmente ese día había llegado. Y él lo sabía muy íntimamente cuando se dirigía en su jet privado hacia la ladera del cerro Uritorco donde sería ungido por Mafe Walter en una ceremonia secreta intergaláctica valuada en dos millones de dólares, sin contar los gastos extras como viáticos, catering y otros. La médium recibió a Magneto vestida con una túnica total black entretejida casi translúcida debajo de la cual se la podía ver desnuda y untada en aceite energético probablemente de semillas de sésamo y jojoba. Entrelazó las biomecánicas manos del susodicho con las suyas y empezó a recitar en lengua intergaláctica: *Anac nashek aniamaka anaimaka mis amores añac uncutak ajak anac anac* siento el corazón me amo me amo los amo añac uncutak ajak nac nac *nashék kuluk clac clac enajak ankaj anakaj* el cuerpo lo siente las células es una energía extremadamente es vibración es frecuencia es sonido las células lo sienten es vibración lo sentimos en el campo magnético ahora ali kiakaj ali kiakaj anac uncutak ajak anac anac *nashék kuluk* me amo te amo alaj alaj alaj *aniamaka anaimaka*. Una luz relumbrante incandescente se abrió como el ojo de Sauron pero más chiquitito y su vórtice inestable comenzó a emitir rayos azules centelleantes que succionaban hacia su interior con fuerza cósmica mientras un poderoso viento castigaba las laderas cordobesas haciéndolas temblequear como un paisaje de cartón en un libro pop-up. El cielo se encapotó de grisáceos y nubarrones densos y

relampagueantes. Magneto se impacientó por un momento pero Mafe Walter le transmitió telepáticamente con sus ojos saltones que todo transcurría según lo planeado. Sin embargo el vórtice se volvió aún más inestable y la succión más dramática, devoró a los guardias de seguridad del magnate como Cronos devoró a sus hijos y mientras Mafe Walker continuaba jadeando *anacuncutakajak anac anac nashek kuluk* me amo te amo alaj alaj alaj aniamaka anaimaka, su cabeza comenzó a inflarse como un globo de carne y reventó sobre cogedoramente. Magneto voló en espiral por los aires y fue tragado por el ojo de Sauron chiquitito girando en rededor —él y su exoesqueleto— de, al parecer, una especie de embudo caleidoscópico multicromático que lo escupió en otra realidad paralela pero paralela contra fáctica de 1970, donde se celebraba el juicio contrarrevolucionario de la Operación Pindapoy en una estancia de la localidad de Timote, Provincia de Buenos Ayres, donde el general Pedro Eugenio Aramburu estaba a punto de ser ejecutado por Montoneros por sus delitos de lesa humanidad y sobre todo por haber ordenado desaparecer el cadáver momificado de Santa Evita. Cuando Firmenich sacó la capucha que Aramburu tenía en la cabeza se encontró, menuda sorpresa, con la jeta del viejo Magneto. ¡¿Y vos quién puta sos?!?, interrogó Firmenich, aunque retóricamente, ya que ni bien pudo el magnate mover su mandíbula lo ejecutó en el acto con un plomazo en el pecho y lo remató con dos tiros de gracia. Ya no en cumplimiento de un deber patriótico sino de puro cagazo. No

todos los días se ve un exoesqueleto en la década del 70. Eso fue todo.

20 años después

entonces no hubo nunca más entonces ni después.

17 años después

Sabrina Basile podría perfectamente ser una aparecida¹ más de entre todas las aparecidas que aparecían diariamente junto con todos los demás aparecidos que también aparecían diariamente desde el día que Sabag Montiel le voló los sesos a la Yegua y la guerra civil estalló y ella, Sabrina, seguía viva, diariamente aparecida. No sabía por qué y si lo sabía no le importaba mucho, seguir viva. Pero sin embargo seguía viva y allí estaba, con sus gatitos y sus plantas, qué más podía hacer una vieja como ella sino jamás olvidar aquella noche, la commoción sangrienta, la desestabilización nacional, la repercusión internacional. Su satisfacción pasados los años se ensanchaba pasional y grotescamente. Llegó incluso a dar charlas en colegios primarios de la Recoleta sobre la importancia de las Acordadas de los Supremos del Partido Judicial, pilares morales de la República. Pilares morales de la República, decía, mirando el cementerio de la Recoleta desde su pulcro balcón de Señora distinguida, recordó las primeras juntadas con Revolución Federal, los días

¹ El *Aparecido* fue una nueva categoría del terror inaugurada por la ministra de Seguridad de la Nación Patricia Bullrich, durante el régimen de Mauricio Macri, el 1º de agosto de 2017, en el Pu Lof en Resistencia de Cushamen, en Chubut, donde asesinaron a Santiago Maldonado y desaparecieron su cadáver durante 77 días, y lo volvieron a “aparecer” donde había desaparecido.

esplendorosos aquellos que salían por las madrugadas a amedrentar choriplaneros arrojándolos a las vías del Roca.

10 años, 2 meses y 7 días después

ella también seguía viva y nadie sabía realmente cómo *le* hacía: para seguir viva. Y es que, más vale, Lilita era una gran sobreviviente, desde sus inicios (en una fiscalía de Resistencia gracias a los conchabos de su familia con el General Serrano, pasando por su etapa percutida en el toletole de diciembre 2001 y su epifanía contra fáctica del *jamás le haré el juego a la derecha de este país*, hasta doctorarse en denuncismo creativo para el prime time show y convertirse en anfitriona de narcos y convictos para ensuciar campañas electorales) mostró una genuflexa maleabilidad política camaleónica gatopardista para cachondear, según el reporte del día del Weather Channel, con la izquierda o con la derecha o con cualquier cosa que le diera ínfulas de pitonisa mística estandarte moral de la República o memes en las redes sociales. Lilita se jactaba, siempre que podía, de sus poderes mentales y de su afilada maña para el melodrama y el embeleco. Ciento es que su torcimiento psicótico hacia la superchería cristiana la licuó en el tremebundo limbo del Opus Dei y la llevó a ensoberbecer aún más la brutal gresca interna del Partido Judicial. El país ya es nuestro, refunfuñó Lilita haciendo chirriar su postiza dentadura: Ganamos. Pero ¿qué ganamos? ¿Más puntos rojos? ¿Más dólares para fugar? ¿Más Argentina para nosotros Los Buenos Ayres? ¿Más vaquitas? ¿Más soja?

¿Eso ganamos? ¿La República ganamos? ¡Los exterminamos a todos, ganamos mierda! ¿Y ahora qué? Ahora nada la hacía sonreír a Lilita; ni la Banda de los Copitos; ni las disquisiciones sentimentales con Maurizio que recordaba en cuanta entrevista le hicieran; ni sus encendidas apariciones públicas en defensa de la causa de algún aparecido. Lilita estaba cariacontecida, rasposa y rencorosa. Oteaba desde el balcón de su penthouse de Juncal y Uruguay (que había garpado diez mil dólares el metro cuadrado solo para autosatisfacerse allí cuando le viniera en ganas, pero *ahora* ni siquiera le venía en ganas, ni eso, ni nada, ni ni): la escultura de la cabeza de bronce de Sabag Montiel que mandó instalar allí abajo, en la sagrada esquina del magnicidio. Para verla de tanto en tanto; de cuando en cuando; contemplar aquel bulto y soltar las leches. Espero que el pelotudo de Fernando Carlos (el Supremo) haya destruido mi carta, tal como se lo pedí, pensó Lilita.

10 años después

la reikista Mabel Andrea languidece preguntándose si no habría sido mejor reconocer su devoción por Sabag Montiel en lugar de negarlo como Pedro renegó de Jesús. Sea uno de la religión que sea, sea del partido político que sea o profese la ideología que profese, Pedro quedará para siempre como un cagador bíblico, piensa Mabel Andrea. Pero claro, los hechos ya se han precipitado hace rato y ella, como pasan con todos los hechos precipitados, ya había perdido el bondi. Jamás debió decir que Sabag Montiel era un mitómano y un soberbio de baja autoestima con delirios de grandeza. Ahora Sabag tiene un busto en Juncal y Quintana o algo así, en plena Recoleta y ella se va apagando en esfuerzos para sobrevivir con una jubilación que no alcanza para nada. Yo también la odié a la Yegua tanto o más que ellos, se decía. Yo fundé las Mabeles², se decía, la guillotina no es sólo un símbolo. Lo símbolos no agreden a nadie. La guillotina es una manifestación artística. Mi mamá, que había sido panelista de Infumables, me hizo una interpretación muy profunda: no es, me dijo —se decía, convencida, ella misma— para cortar a una persona, sino para cortar con los males que están pasando en el

² Falange armada femenina de Revolución Federal, cuya sensibilidad política las condujo a apoyar el uso público de La Guillotina como manifestación artística.

país. Por eso también usamos las antorchas para quemarlos. La antorcha es la luz, la divinidad. Y el fuego es purificador, quema todo lo malo.

8 años y algunas horas después

Ramiro Marra fue designado al frente del Ministerio del Dólar Libre y Flotante por el presidente interino de facto, el radical jujeño Gerardo Morales. Morales siempre quiso ser presidente y como todos los demás que podían serlo habían sido asesinados o exterminados, no le quedó otra que agarrar el fierro caliente, a lo sumo se quemaría las manos, pero (al menos) no sería su culo el quemado. A Milagro Sala la *murieron* de una sobredosis fulminante un par de años atrás, shock de oxicodona sin autopsia y chau. La posterior momificación y la reubicación de sus restos amortajados para ser exhibidos al vulgo fondeado por un copioso montaje escénico de celdas Roblox en cuyo interior habitaban, maltrechos y piojosos, indios de cera hiperrealistas, perros de goma espuma pintados en los jardines de infantes, algunos helechos de plástico, y lúgubres y percudidas gallinas realistas, o sea, las reales verdaderas, que, sueltas por ahí, cacareaban junto a una enorme y oxidada pileta repleta de barro y estiércol, gran intervención artística de la expresión renovada de la posverdad, como acervo patrimonial nacional para el Museo Histórico Policial Cabildo de Jujuy, fue lo que realmente había catapultado a la Casa Rosada al caudillo jujeño. En este punto se reconocía

sarmientino el mítico radical jujeño, aunque se asumía gaucho federado. La designación en la jefatura de Gabinete de una inteligencia artificial diseñada por Elon Musk había obtenido el guiño de los invisibles miembros de ceos multimillonarios del Foro Llao Llao, y con ello habían mermado las turbulencias en los mercados financieros, siempre preparados para provocar una erupción violenta y repentina y de catastróficas consecuencias inclusive para quienes ya de por sí vivían vidas catastróficas, que era la gran mayoría. Para calmar la bronca perpetua de los puntos rojos de la city porteña, Marra afincó su ministerio en una cueva de cambio por calles Corrientes y San Martín. Desde allí anunció, por sexta, séptima u octava vez desde el magnicidio de Cristina, a través de un videíto que compartió en sus redes sociales oficiales, la disolución del peso como moneda nacional y la dolarización total de la economía. Marra tenía calzada una remera negra con la imagen estampada de Peluca Milei en el pecho, en su memoria por los sacrificios patrióticos brindados al país y al movimiento libertario mundial, dijo en un relecito en Instagram. Siempre parecía poseído por el espectro de “Bill El Carnicero” Cutting en *Pandillas de Nueva York* de Martin Scorsese, y con los años había acentuado su aspecto ladino y ultramontano. Cuando caminaba por el Salón de los Pasos Perdidos parecía una mixtura heteronormada cis revival posmo punk entre la figura psuedo-afrancesada de Bernardino Rivadavia y el general confederado de los estados sureños Robert E. Lee, con un poco (eso sí) del swing del Fan de Wanda Nara.

Otros cuatro presidentes interinos ya le habían pedido que encabezara el Ministerio del Dólar Libre y Flotante, empero, si bien todos los aspirantes a ese cargo habían sido *aparecidos* muertos en circunstancias extravagantes que el fiscal y el juez de turno siempre archivaban más que nada por el bienestar de la República, lo cierto es que el gesto del caudillo Morales lo había cautivado. La india momificada podía ser visitada por millones de argentinos con una entrada convenientemente arancelada en dólares en un museo vigilante, eternamente entre las rejas y todo ambientado, en pasillos contiguos a las celdas de Roblox, con hologramas de gorilas peludos rugiendo y golpeándose convenientemente el pecho. Era como King Kong, pero al revés. Marra sabía que el presidente interino Morales poseía una cámara oculta en su despacho presidencial que visualizaba en simultáneo a la india petrificada eternamente, cuyo monitor encendía cuando se sentía apesadumbrado por los violentos torbellinos de ser un presidente argentino. Como condición por aceptar las brasas incandescentes de la economía nacional, Marra propuso seguir liberando cosas: Tenemos que seguir liberando todo lo que pueda ser liberado. Tenemos que seguir achicando el Estado hasta convertirlo en un puntito rojo que negocie en igualdad de condiciones con los otros puntitos rojos y si no puede subsistir, pues entonces, si no puede ser un puntito rojo, no tiene que existir. Es lo que hay que hacer. Tenemos que seguir reduciendo el déficit fiscal. Shock. Impacto. El Mercado debe resolverlo todo por sí solo y en sí mismo, como organismo

vivo que es, la oferta y la demanda y su elasticidad prevalecerán a como dé lugar. La filosofía del *largoplacismo* lo demanda, iviva la libertad carajo! Todo lo que pueda ser vendido, será vendido y producirá renta probiótica para mejores condiciones de un mercado floreciente de una buena vez, no más excusas mamertos: compraremos barato para vender caro. Todo lo que pueda ser comprado, será comprado más barato por quien esté en mejores condiciones para ofertar menos. Para continuar resistiendo a la negrada de las provincias, antaño lisonjeando por el aumento de la coparticipación, ahora llorando por la renta aduanera y la emergencia climática, cualquier alianza o fusión política podía ser posible incluso aquellas que poco antes parecían una ficción. Y ahora que provincianos tratan de borrarnos del mapa a nosotros, con más razón: garrote, shock, impacto. Hay que encender la aspiradora de pesos y sacrificar el mercado local reforzando a sus mejores actores y liquidando a viejos y enfermos y débiles en general. Desde que Macri llegó a la presidencia de la Nación la promesa de la luz al final del túnel se hizo tan larga como las horas que podía pasar Rocco Siffredi con la verga erecta. Nada sin embargo colmaba la voracidad carnívora del Mercado y los puntitos rojos de la city porteña tenían *un siempre* para todo. (Siempre había un enemigo para exterminar. Siempre había una factura para cobrar. Siempre había un cuello para estrangular. Siempre había un pelotón de fusilamiento para ejecutar. Siempre había guita para lavar. Siempre había un culo para patear. Siempre había). A Marra le

encantaba enroscarse entre los pilares de los postulados libertarios aceleracionistas para justificar los actos más atroces para garantizar la sobrevivencia de la casta multimillonaria de la especie humana porque los demás de todos modos morirían. El inventor del Piquetódromo había conseguido la sanción de la ley que formalizó a las corporaciones farmacéuticas la compra-venta legal de órganos y extremidades humanas. Sancionada la normativa, una de sus primeras acciones fue mostrarse en público y en redes sociales con beneficiarios de la ley que, a cambio de la venta de sus cuatro extremidades, lograron acceso al voucher y lograron salir sorteados para acceder a la hipoteca para, como todo peronista quisiera, adquirir su primera vivienda-cubículo de diez metros cuadrados situados en los extremos y contaminados conurbanos de La Matanza. También se mostró junto al cajón mortuorio de un electricista que vendió la totalidad de sus órganos y su cadáver para pagar la extensión de los créditos hipotecarios UVA ideados por Martín Tetaz, ajusticiado por equivocación en un atentado por miembros de la organización terrorista La Guillotina. Mediante su incalculable y voraz inteligencia artificial, el ministro en Jefe de Gabinete, inspirado en la ficción especulativa *Dredd* protagonizada por Karl Urban (no la protagonizada por Sylvester Stallone), convirtió a los policías en jueces y pudo así ahorrarse unos buenos mangos en el proceso judicial y exterminar a la negrada sin pedir permiso. El Mercado ya se había devorado al Estado y sólo había grandes extensiones de cubos Roblox donde

mandaban el plomo y el garrote. En eso Macri tenía razón, solía comentar Marra en confidencia a sus asesores plenipotenciarios, que se mueran los que se tengan que morir, da igual si se mueren de hambre o de dengue o lo que puta fuera, es lo mismo. Era habitual que el ministro del Dólar Libre y Flotante se trasladara en un Cadillac One escoltado por rodados blindados y escuadrones de la Policía Motorizada Penitente. Siempre debían sortear un sinfín de audaces manifestaciones y piquetes por la city porteña, y por lo general la marcha del Cadillac One dejaba a su paso un tendal de mortadelas. Dos semanas, o tres o cuatro semanas, después de su asunción al frente de la cartera dolarizada, fue convocado a la Casa Rosada por la inteligencia artificial a cargo de la Jefatura de Gabinete de la Nación, representada (ese día, ya que según las circunstancias sus algoritmos administraban la lectura de la realidad y utilizaba distintas emulaciones holográficas de *celebrities* históricas según sus conveniencias) por un nostálgico noventoso fiestero revival de la Clotta Lanzetta. En el traslado de Marra a Casa de Gobierno dejaron una veintena de cadáveres que posteriormente fueron recogidos por los camiones mortuorios del gobierno de la ciudad que posteriormente fueron llevados a los centros oficiales de faena para posteriormente comercializarlos en el mercado legal de órganos según el decreto de necesidad y urgencia que reglamentaba que cualquier persona que impidiera la libre circulación en calles y rutas y que muriera en circunstancias de desalojo o represión el Estado podría disponer de su occiso para

fines comerciales. Son recursos genuinos del Estado, señaló en su momento el miembro informante en la legislatura de aquel proyecto de ley. Marra estaba jugando Roblox en su celular en el despacho presidencial cuando intempestivamente apareció el holograma de la Clotta Lanzetta meneando sus caderas al ritmo de “La Modelo” y los sintetizadores aceitosos y pasteleros de DJ Deró, y lo interpeló: ¿Cómo es eso de que vas a convertir todo el dinero del país en porotitos? ¿Explicame un poquito, a ver, cómo esta medida sería beneficiosa para nuestra economía? Es muy simple, dijo Marra, soplando el flequillo teñido: Todos los planeros tendrían que jugar al truco para ganar sus porotitos. Y como nosotros no solo le ganamos en lo productivo, sino que además somos superiores moralmente y somos superiores estéticamente, siempre ganaríamos, tendríamos más porotitos y mientras más porotitos juntemos más aplastante será la victoria. ¡Seríamos el primer país en hacer del truco una forma del libre mercado! La Clotta respondió con su voz de La Clotta que lo caracterizó en las cromadas fiestas del menemato: Mirá pibe, no es viable lo que decís, no veo cómo, los planeros no saben contar. Además, el truco es cosa de grasas y puede causar adicción o ser contagioso, lo grasa digo, y ahora no solo tendríamos planeros sino planeros adictos y enfermos. Marra se puso incómodo ante la certera devolución antropo-argentina de La Clotta, que aprovechó para esnifar un trito de cocaína virtual. Odiaba (Marra) que le dijera pibe, sobre todo porque ya había vendido la TV pública y no estaba dispuesto a abandonar, así nomás, sus

convicciones largoplacistas, aunque, eso sí, sabía que tenía que tragarse el sapo: Hagamos una cosa, Clotta, tengo otra idea más piola, adoptemos el sistema de trueque para el intercambio de bienes y servicios. Eliminamos el dólar como moneda de cambio para los negroides, o sea, no pueden acceder a las divisas a menos que tengan un voucher, que convenientemente daremos a quienes no sepan usarlo... La Clotta parecía estar confundido e impacienteado, un poco con los huevos al plato, más allá de sus algoritmos inteligentes podía percibir la banalidad de la limitada inteligencia financiera del streamer libertario. Trató de refrescar, F5, se dijo a sí mismo, sosegaron sus ciclotrones, y destapó una botella de champagne y por sus ojos emitió rayos de luces cromáticos que proyectaron una pantalla 4k con un desfile de archivo de Roberto Giordano en Punta del Este, qué noche Teté, qué noche... La Clotta volvió a interpelar a Marra quien no paraba de mandar mensajitos de texto a Delfina Wagner, pidiéndole por favor que se dejara de joder con pintar todo de rosado. ¿Así garantizaríamos la igualdad en el intercambio de bienes y servicios con este sistema de trueque? ¿Cómo valoraríamos los bienes y servicios?, dijo La Clotta sin dejar de mirar el desfile que él mismo proyectaba por sus ojos. ¡Y mirá, una huevada, la resolvemos en cinco minutos!, contestó Marra, agarrándose la japi: Crearemos un sistema de puntos basados en la edad, el género y el color de ojos y de la piel de los negroides. Así cada negro peroncho y feminazi abortera tendría un valor numérico y se intercambiarían bienes y servicios en función de un valor que

obtendríamos con una encuesta en Instagram. La IA ministro en Jefe de Gabinete de la Nación experimentó una frustración similar a la que sintió Roberto Baggio cuando erró el penal contra Brasil en el Mundial de 1994, y, como para resetearse, otra vez, viró su apariencia en Alfredo Martínez de Hoz, el peluche de la economía neoliberal de la dictadura cívico militar más sanguinaria de la Historia, quien no obstante su ecuánime paciencia, no salía de su estupor al oír tanta sarta de pelotudeces conjuntas, dichas unas tras otras, de la boca del nuevo exponente libertario de estos tiempos futuros, así que le explicó: Mirá pibe, hemos puesto a la libertad en una valoración superior en todo nuestro esquema, hemos puesto el acento que hemos puesto en la importancia de la empresa privada en el esquema productivo del país y en la eliminación de la excesiva intervención del Estado y regulación de la economía, porque el Estado debe cumplir una función orientadora mínima, sin intervención en la gestión diaria, ni reglamentando ni ahogando a la iniciativa individual libertaria. Este es el concepto del Estado a nuestro juicio, que fue, es y lo será siempre, ¿entendés? No tiene sentido asignar un valor numérico a las personas basándonos en factores arbitrarios, necesitamos un país ordenado, la libertad es el orden. Marra mascó tirria porque sintió que su exacerbado ideario era muy superior al del gran tartufo de la Sociedad Rural Argentina, y le recriminó: ¡La puta que lo parió! ¿No podés ver el gran potencial que tienen estas medidas? ¡Podríamos hacer historia y revolucionar el sistema económico libertario mundial! Martínez

de Hoz respondió con su voz monótona, aunque extremadamente peligrosa: Pibe, la estás pifiando. Estas medidas no tienen sentido ni son beneficiosas. Tenés que concentrarte en la libertad económica a toda costa, hay que poner orden. Marra se insufló en cólera y persistió con sus ideas abombadas de posverdades: ¡Ya está, lo tengo! ¡Podemos usar a los negroides mismos como moneda de cambio e incluso podemos canjearlos por bienes y servicios y hasta por bitcoins e incluso por latitas de atún! Martínez de Hoz volvió a explicarle que era imposible tomar medidas económicas que no tengan sentido, ni sean rentables para, dijo, nosotros los empresarios que hacemos de este país de mierda una gran República de mierda. Marra se puso como loco, se lo vio visiblemente desencajado como, por otro lado, se lo ve casi siempre cualquiera sea la circunstancia o la inversión en la Bolsa de Comercio de la city. Todas sus proposiciones fueron rechazadas por la IA ministro en Jefe de Gabinete, incluso aquellas que había escrito en su célebre best-sellers *¡Viva la libertad, carajo!* Fue así que sulfurándose de ira amenazó con poner a disposición del presidente Morales su renuncia, ya que cuando había zapatista entre funcionarios siempre quedaba jugar la carta de la renuncia, la cual a veces funcionaba, incluso entre las inteligencias artificiales: ¡Esto es inaceptable! ¡La recalcada concha de la vaca! Y ¿qué mierda vamos a hacer entonces? Martínez de Hoz se elevó por encima de sí mismo despidiendo destellos eléctricos de neón y viró su interlocución a Milton Friedman, chantapufi liberal si lo

hay, y sacando su medalla Nobel del bolsillo interior de su saco cruzado, retó a Marra: Mirá pibe, la mayoría de los argumentos contra el libre mercado se basan en la falta de confianza en la libertad misma, tenés que aprender a distinguir entre ser promercado y ser proempresa, porque tenemos que reconocer que no debemos esperar una utopía inalcanzable. Me gustaría ver mucha menos actividad gubernamental de la que gozamos ahora, pero no creo que podamos tener una situación en la que no necesitemos del gobierno en lo absoluto. Dicho esto, sugiero que descances, se te ve tenso e irascible. Lo mejor es no hacer. Ahora rajá de acá, que tengo otra reunión con el clon de Galperin³. Marra salió del despacho del ministro en jefe de Gabinete hecho un mazacote de nervios y como un rayo se dirigió a la oficina presidencial, donde el presidente interino Gerardo Morales mantenía infinitas reuniones con miembros de los puntos rojos de la city porteña. Mientras aguardaba su turno, Marra escuchó seis, siete, ocho potentes detonaciones que, pensó, posiblemente venían de la Plaza del Congreso. Chequeó en su celular encriptado las redes sociales y reparó especialmente en un hilo de tweet publicado por Amalia Granata, gobernadora interina de Santa Fe designada por el Partido Judicial, donde fiel a su estilo politic-show denunció un golpe de estado en marcha con un

³ El clon del CEO de Mercado Libre® fue recreado por el científico libertario Daniel Salamone, y vendido a su real verdadero Marcos Galperin, un par de años después del magnicidio, con el propósito protegerse de los atentados y obviamente para que colaborara con sus innumerables inquietudes filantrópicas.

videíto en el cual se la veía con un casco de guerra y un chaleco antibalas de fantasía profiriendo toda clase de desvaríos descontextualizados: No me busquen, porque miren que voy a empezar a hablar de todos sus chanchurrios, voy a empezar a hablar de sus amantes, miren que conozco todo lo que pasa en sus sábanas. Sé todo en todo lo que andan, y voy a meterme no solo con sus amantes, también con sus familias, madres, hijos, con todos. No se olviden que además de gobernadora soy periodista de investigación. Marra lanzó una risita nasal que lo descontracturó un poco, silenció su celular encriptado y al minuto siguiente detonaron otra media docena de explosiones. Enseguida después, el secretario general de la Presidencia, José Luis Chilavert, salió detrás de una puerta y sacudió la cabeza en señal de que podía pasar al despacho del Presidente. Una vez allí Marra relató a los gritos la discusión que mantuvo con la IA de Elon Musk para ejecutar su plan económico. Chilavert lo miraba de refilón, pero prestaba más atención a los vanos comentarios de los panelistas del show deportivo del Pollo Vignolo y cuando, de a tramos, escuchaba una opinión que lo incomodaba, lanzaba escupitajos a los monitores instalados a la pared. El presidente Morales parecía fastidiado con la vocecita chillona de su ministro Marra. Apretó un botón de su intercomunicador y ordenó a su secretaría plenipotenciaria, muy secamente: Traeme un plato de tijtincha y otro de mote con chicharrón, dale metele que me estoy cagando de hambre. Al ministro del Dólar Libre y Flotante lo tenía harto estresado el temita de la IA y pensaba plantearle a

Morales la posibilidad de reemplazarlo por Santi Maratea, que podría dedicar sus aciagas horas como funcionario público a hacer colectas virtuales en las redes sociales para luchar contra los zurdos comemierdas y los negroides choriplaneros, siempre y cuando se quedara con una tajada de la recaudación, aunque todo legal, todo legal, insistió Marra. Sin embargo, el Presidente interino tenía tracalada de zarabandas golpeando a su puerta y si bien el asunto del dólar era estratégico, tenían decenas de muertos y aparecidos todos los días a lo largo y ancho de toda la Federación Argentina y en especial en las regiones más o menos controladas por el ejército nacional, donde los parlamentos discutían legalizar la figura del aparecido; estaba embolado el jujeño y no tenía ganas de seguir escuchándolo a Marra así que fue expeditivo: A ver pibe, el voucher de trueque no es viable, ya hablé con la IA y me adelantó el programa que queres ejecutar y no es viable, pensá en otra cosa, no sé, no podemos solucionar el déficit fiscal así, ¿vos me querés sumar a mí más quilombos de los que ya tengo? ¡Dejate hinchar las pelotas! Andá laburar, Marra. Andá. Un ataque de los lo sacudió de la silla a Marra. El presidente de todos los argentinos se mostró hartamente harto y aprovechó pamandar a Chilavert a buscar su cena: ¡¿Qué pasa que no me traen el morfi?! Andá fijate, Chila. Andá. La ex gloria de Vélez Sarsfield puteó en guaraní y salió disparado del despacho presidencial duro como aquel oso grizzly que esnifó ingentes cantidades de cocaína, que después hicieron la película y el documental del caso real basado en el caso real verdadero. El

presidente Morales abrió un cajoncito de madera de quebracho chaqueño talado ilegalmente de los montes chaqueños por la empresa fantasma de un conocido diputado, y sacó un porro en flor Alem´s Suicide Seeds de la cosecha personal de su hijo traída de los campos comprados a precio vil al estado provincial chaqueño para sacar provecho económico sin pagar impuestos y hacer progresar a la familia y hacer que su oligarquía le sobreviviera como dice la Biblia que hay que hacer. Aspiró el porro antes de encenderlo —que es como debe hacerse para fumar corte style-glow revival loop— y luego lo encendió y exhaló el humo en la jeta viperina del ministro del Dólar Libre y Flotante, quien nuevamente se descompensó tras otro ataque de tos. Así las cosas, Marra depuso sus expectativas iniciales sin decir palabra siquiera y teniendo en cuenta que su imposibilidad natural para transmitir confianza rebajaba sus energías manátricas lo mejor que pudo hacer fue irse calladito por voluntad por propia, si, de todas maneras, se dijo a sí mismo Marra para sus adentros suyos muy personales, la historia de este país la escriben los que no sangran con la sangre de los que sangran.

6 años después

7 de cada 10 estudiantes porteños evalúan irse del país una vez que terminen la secundaria. Si es que llegan a terminarla. La secundaria. La mayoría cree que la situación económica y social será peor en el tiempo venidero. Nunca mejor. Así es enfermar y vivir con ello. El BCRA frenó la emisión y en agosto cayó la cantidad de pesos en la calle por primera vez en meses desde la última gran caída, unos pocos meses antes. En contrapartida, aumentó el dinero porteño en cuentas bancarias por el incentivo de la fuerte escalada de las tasas de interés. El Banco Central no asistió al Tesoro el mes pasado, pero ahora se prevé un nuevo episodio de alta emisión ante la presión que sostienen los ejércitos provincianos en la frontera porteña, férreamente defendida por el patriótico Aparato de Gobierno conducido y controlado por el Partido Judicial.

5 años y 3 meses después

el Juez Supremo Horacio Daniel envió un mensajito de texto desde su celular encriptado al Juez Supremo Carlos Fernando. Le dijo que tenían que arrumarse, urgente, donde siempre. Desde que lo secuestraron al Juez Supremo Ricardo y no apareció nunca más, ni su espíritu ni su cadáver ni mucho menos su cara de huevo paspado, la jurisprudencia más clásica y clara del Partido Judicial volvió recargada: los corchazos preventivos de la Penitente, los linchamientos controlados, las purgas autorizadas, los escuadrones de la muerte, las ejecuciones públicas, esas cosas. Mientras más sanguinario y más clics más se cachondeaban los propagandistas y lovers de la Ley Bullrich impuesta en todo el territorio nacional desde el asesinato de Maurizio a manos de miembros del Comando Sabino Navarro — argüían eso, que lo balearon unos negros populistas pese a que nunca pudieron hacerle firmar al bueno de Julián Ercolini una confesión de que él, incluso no perteneciendo a dicho Comando Sabino Navarro, había ultimado a Macri—; incluso regía en las Islas Malvinas, que por cierto seguían sin ser argentinas y también seguía dando lo mismo que no lo fueran pues había otros asuntos más urgentes que atender. Muchas cosas no cambiarían jamás, ni la historia de lo que hubiera sido, ni la petulancia odiante porteñera, ni los pugilistas del libre mercado, ni Evita

eterna, ni Argentina bimonetaria, ni la bicicleta financiera ni el perverso psicópata casto de Milei. Bartolo Mitre seguiría siendo un prócer, eso tampoco cambiaría jamás pese al demencial desatino que ello implicaba. Por eso justamente estaba muy preocupado Horacio Daniel, por el dólar cada vez más a punto de derrumbarse por culpa siempre de los negroides y el déficit fiscal y la maquinita de emitir pesos y el peronchaje sindical, aunque siempre prolja y pudorosamente silenciada de los regodeos internos de la famiglia del Partido Judicial, donde nunca lograban ponerse del todo de acuerdo ni siquiera entre ellos. Antes de salir de su penthouse de Puerto Madero el Juez Supremo Carlos Fernando se aseguró de no ponerse la misma gorrita, las mismas gafas de sol, la misma camperuli deportiva anaranjada flourescente que se puso cuando lo pillaron con el experimentado lobista judicial Rodríguez Simón, en el café gourmet frente al Hotel Fernández, gracias a un espía torturador de la Penitente Metropolitana enviado por el propio Maurizio (justamente porque era un tipo capaz de ponerte micrófonos en el culo sin que te dieras cuenta), los shoteó a los arrumacos y algunas de esas fotografías calientes “se filtraron” a los medios y todo reventó en escándalo en el prime time ad infinitum del espectáculo politiquero de las redes sociales. Eso fue antes de que liquiden a la Yegua. Fue en una rosqueada parecida cuando a Rodríguez Simón se le ocurrió que Carlos Fernando podía ser un Supremo. Carlos Fernando aceptó convertirse en un Supremo (en aquel entonces, cuando no había tantas bombas explotando

en la city), muy chocho y solemnemente ameba como le gustaba mostrarse en público, porque lo importante siempre fue, es y será deshacerse de la Yegua incluso muerta había que deshacerse de ella. Sintió un excitante temblequeo en sus testículos cuando la asesinaron. Eso sí: lamentó que como consecuencia del asesinato haya sido ejecutado elocuentemente, como tantos otros pelafustanes de acción a priori, tan dramáticamente, su amigo el experimentado lobista judicial Rodríguez Simón, tan macanudo que era, tan servil para los conchabos. Cosas que pasan en las guerras. Cosas que pasan en los juzgados. Cosas que pasan cuando ya pasaron otras cosas; como, por ejemplo: cuando el Juez Horacio Daniel entró por la puerta del café gourmet ubicado frente al Hotel Fernández, el Juez Supremo Carlos Fernando se levantó para recibirlo compinchudamente, era una mañana crispada más o menos apocalíptica en Ciudad Autónoma de Buenos Ayres. Mirtha seguía viva, el Cabezón también. Seguía sin pagar sus deudas, eso tampoco cambiaría jamás. Hubo una explosión temeraria, sucedió casi inmediatamente después de que los jueces supremos consumaran el abrazo. Fue impactante, dejó montón de triperío y mortadelas amputadas más allá y más acá, en rededor del área de detonación del café gourmet frente al Hotel Fernández. Argentina siempre estaba reventando por los aires. Era hermoso, al menos para quienes podían hacerla volar por los aires una y otra vez sin volar, por supuesto, ellos mismos en la voladura. Pues siempre, siempre que volaba por los aires el país, no importa cuántos muertos contaras, siempre había algo o

alguien que podía afirmar todo lo contrario a lo más obvio y evidente. Podía decir, no, esto no es real. Esto no es así. No estamos tan mal. No es que estamos volando por el aire.

5 años después

el comandante tucumano Andrés Oscar Ferlinghetti, un hombre de buena clase social y grandes antecedentes familiares en las trifulcas propias de la declaración de independencia argentina y especialmente las que vinieron después de la declaración de independencia, las más picantes y difíciles, las agarradas entre argentinos primero y argentinas y argentinos después, luchando encarnizadamente una guerra perdida de antemano por la conformación del Estado Nacional, batallas que siguieron doscientos y pico de años después sin horizonte de destino, se sorprendió explicándole a sus subordinados a los gritos y de mala manera, cabalmente consciente del todo, el acierto que había en lo que decía, que ni todo el napalm del mundo alcanzaría para aniquilar a las cucarachas porteñas: Y eso suponiendo que pudiéramos endeudarnos para comprar todo ese napalm: lamentablemente compatriotas, no podemos, no tenemos acceso a los mercados internacionales. La Argentina está fuera del mundo. Esos tipos no se mueren más, concluyó con tristeza Ferlinghetti cerrando el bucle eterno al que estaba destinada la República a repetir una y otra vez la misma historia. Llevaba más de un año en el frente y las hostilidades permanentes ya le habían destrozado los nervios, por más precarias que fueran las

hostilidades a esa altura de los acontecimientos, resultando en definitiva por su misma precariedad y bajo presupuesto menos letales e incluso poco peligrosas para los combatientes. El odio a la larga estropea los nervios de cualquiera. Estos putos no se mueren más, rabió Ferlinghetti en su peludo cráneo chapoteando en el barro de su trinchera. Malditos sean. Y todo por el mierda de Urquiza, que habitaba la memoria de todo provinciano bien nacido: allí el Gran Traidor vivía fresco como una montañita de bosta humeante en las primeras heladas de la más temprana mañana de invierno. Pero qué van a saber de Historia estos tobas de cuarta, dijo Ferlinghetti procurando calmarse a sí mismo mientras señalaba a unos conscriptos del Chaco que tiritaban de frío, miedo y nostalgia de artesano ancestral. Siempre fue igual, siempre fue todo igual, por eso digo: no hay napalm en el mundo que alcance para quemar a estas ratas porteñas. El gran mierda entrerriano don Justo José de Urquiza hirió de muerte el proyecto federal. Ferlinghetti, como pudo, emocionado, hizo sonar los tacos de sus botas que, de algún modo, craquearon sonoramente poniendo de relieve la importancia y dignidad castrenses del tucumano Ferlinghetti haciendo saltar agua barrosa en todas direcciones, inclusive a la jeta de los asustados indios chaqueños. El comandante, moviéndose como un robot que alguien olvidó aceitar, llevó la palma rígida de su mano en posición horizontal a la frente, conformando con majestuosa solemnidad la venia militar contra una pared de barro que sangraba chocolate y no daba a ninguna parte. Llevaban unos

días de lluvia en el pozo que habitaban desde hace largo tiempo en la frontera sin conseguir avances significativos en la carnicería prometida por las autoridades provinciales al mandarlos al frente de batalla. Sanar del mal al país sonaba como un destino de gloria para los oficiales que orgullosos marchaban a las trincheras para balear, gasear, incendiar, bombardear y apuñalar a la docta y engreída Ciudad Autónoma de Buenos Ayres. Concha de su madre, dijo Andrés Oscar Ferlinghetti, comandante en jefe de la primera línea de artillería de las fuerzas provinciales de Tucumán, apostadas sobre la frontera porteña: con-cha-de-su-ma-dre. Que por lo menos deje de llover. Encima que tenemos que convivir con los bolivianos estos, prosiguió en voz alta Ferlinghetti señalando despectivamente a la pobre comitiva de soldados salteños. Estos negros hieden a rancho y cebolla, pero si no tendríamos que cavar los pozos para las minas nosotros, así que todo es por algo, se dijo más para sí mismo que para quienes lo escuchaban a modo de punto final intentando consolarse. Enviados allí por el Gobierno Revolucionario Federal de su provincia más simbólicamente que otra cosa, la comitiva beligerante poco daño podía hacer así de asustados, famélicos y mal equipados como lucían sus integrantes. Chaco siempre intentaba estar más o menos bien con el gobierno federal de turno porque no había otro modo de sobrevivir administrativamente tan en el culo del país como no sea repartiendo entre los más necesitados, que no siempre eran los más pobres, los fondos que generosamente les compartía la

Capital Federal cada tanto. Así que el aporte norteño a la guerra con la que se buscaba destruir a Buenos Ayres era ambiguo y tímido. Las verdaderas ínfulas las ponían santafesinos, jujeños y entrerrianos, mientras los poderosos y altivos correntinos eran mantenidos en calma con una profusión de floridos plantines de todos colores que mantenían lozana y jovial su hermosa costanera. Ellos tenían su propia Casa Rosada. Hieden, los indios apestan, pensó Ferlinghetti, no siendo capaz de eludir el pensamiento intrusivo mientras permanecía de pie contra la pared de barro haciendo la venia militar; ¿de dónde los sacan? preguntó a nadie, ise pasan de vivos los provincianos, eh, se pasan! Mandar esta lacra para dar por cumplido el compromiso federal... ¡Es una estafa a la sangre derramada por verdaderos patriotas!, gritó emocionado Ferlinghetti al tiempo que daba una abrupta media vuelta escupiéndole montones de saliva, especialmente, a los soldados del subtrópico litoraleño, en su abrupta media vuelta castrense. Si Salustiano viviera los mandaría a quemar por inservibles y costosos. En la genealogía familiar, Salustiano Ferlinghetti era el héroe de las grandes guerras civiles argentinas. Pese a resultar victoriosas las provincias en el campo de batalla, Buenos Ayres había logrado triunfar. Por eso Cristina ahora estaba muerta y el porteñaje lumpen y adinerado tenía que vésela con los bombardeos. Se suponía que las bombas llevarían justicia allí donde Sabag Montiel había sembrado odio y resentimientos insanables. Pero la verdad es que los grupúsculos que mejor la pasaban en las

provincias empobrecidas sólo querían recuperar el Puerto y hacerse de la Aduana en poder del Partido Judicial. Para eso gastaban tanto dinero en eyectar de la faz de la tierra a la lacra porteña los (prolíficos) Ferlinghetti diseminados a lo largo y ancho del país. Algo que se proponían llevar adelante en beneficio, por supuesto, de todos y todas, de la más amplia mayoría de argentinos y argentinas, diseminados a lo largo y a lo ancho de esta soberana República. El coronel mandó a los conscriptos a custodiar un prisionero de guerra que yacía temblando en un rincón de la trinchera que se formaba en una curva barrosa. Era un desertor esquelético, semi desnudo y afásico. No había ninguna posibilidad de que escapara, ni siquiera que lo intentara. Tampoco iba a sobrevivir. Lo custodiaban sin que valiera la pena hacerlo a la espera de que muriera de inanición, que era el método de ejecución de prisioneros de guerra más eficiente y económico conocido desde que el mundo es mundo. Cada tanto aparecían en el campo de batalla desierto zombis, presumiblemente porteños expatriados por el aparato gubernamental del Partido Judicial reinante. También desertores aparecían. A todos los ejecutaban en cualquier caso porque si una lección les había dejado la Historia a los argentinos bien nacidos, en opinión del comandante tucumano Oscar Ferlinghetti, era que a los porteños hay que liquidarlos de raíz. Ellos mataron a Cristina, quisieron matar a Sarmiento, compraron a Urquiza —qué bien boleteado estuvo!— y usaron al vil Juan Manuel de Rosas, empleaducho del

estancieraje vago que tanta miseria nos causó, para que ahora estemos donde estamos, dijo Ferlinghetti. Ya nadie lo escuchaba en la trinchera. Era un tipo instruído el comandante (aunque hablaba en exceso sin parar pudiendo enloquecerse no solamente él mismo al hacerlo sino enloquecer a cualquiera que fuera sometido a sus venenosos monólogos), había leído mucho y de tan genuino y justificado científicamente que era su odio se consideraba con un especial derecho para ir al frente a meterles él mismo bombazos y fuego y destrucción a Buenos Ayres. Y así fué que solito pidió ser movilizado al frente, donde llevaba unos años operando una batería de artillería, cada vez más sulfurado, más insatisfecho y más consolidado su odio debidamente (él creía) justificado. Ferlinghetti estaba indignado. La destrucción nunca alcanzaba. Era difícil convivir con la guerra sin ver todos los muertos que uno quisiera. El deseo de aniquilación era tan absoluto, irremediable y definitivo que la muerte del enemigo nunca parecía llegar por más cañonazos que dispararan sobre la city porteña. Y para colmo de males, las provincias eran tan pobres que ni para un poquito de napalm les alcanzaba. Necesitaban conservar en su territorio alguna fuercita como para mantener el orden, especialmente las provincias con mucha indiada. Los indios se habían vuelto un problema: armados inicialmente por el propio gobierno como guardias de frontera, pronto empezaron a rebelarse, así que preservar la civilidad en las grandes capitales era un tema central en la agenda del gobierno computarizado. De pedo en territorio provincial

morfaban algunos, los encargados de asegurar la supervivencia del folklore popular-culto de cada provincia. No estaban los presupuestos para destinar guita a balas y granadas y todo lo demás encima que siempre hacía falta y para colmo nunca alcanzaba. Se sabía de la existencia de formas más elegantes, rápidas y masivas de asesinar, pero simplemente ya no pensaban en usarlas, así como un croto sabe que jamás será propietario de un Rolls Royce, directamente ni se figura la posibilidad de serlo. La cosa, decíamos, se había deteriorado tanto con las enormes cadenas y –en opinión de Ferlinghetti– el secuestro de las rentas nacionales por la culta, docta y puta city porteña, que ya casi no había munición decente con que rajarlos a tiros a esos mierdas. Había que improvisar. Algunas bombas quedaban. Y siempre era preferible incluso en la escasez más brutal, gastar algo de dinero en hacer pelota a Buenos Ayres de una buena vez por todas. Y esta acepción era sostenida no sólo por el comandante Ferlinghetti sino también por otros tantos comandantes integrantes de la Coalición Provincial para la Liberación Nacional.

4 años y 11 meses después

muchos registros se perdieron en los incendios que sucedían a los bombazos. Las cosas, por decirlo de algún modo, no paraban de reventar. Se sabe, sin embargo, que el Juez Ercolini, miembro insigne del Partido Judicial, fue quien ultimó a Maurizio cuando este le soltó la mano. Lo hizo por error, si se quiere, es decir, estaba el antecedente de Nisman. En la oscuridad poco se veía: Ercolini hizo hincapié en las condiciones del tiempo: húmedo, frío y con una espesa niebla asentándose sobre las calles. Esto tiene que salirme mejor que las facturas truchas de Lago Escondido, se dijo a sí mismo. Las noches eran peligrosas y eso lo sabía cualquiera y tampoco podía mandar a cualquiera, tenía que hacerlo él mismo para probarse a él mismo que podía hacerlo él mismo. Ercolini se ocultó al amparo de las sombras funambulescas de la longevidad porteña; llevaba aguardando un buen rato detrás de un árbol cuando ya empezaba a pensar que tal vez nadie sería tan boludo como para andar caminando por esa calle bien entrada la nochecita. Pensaba, incluso —declaró, reventado al cabo de una de las golpizas periódicas a las que lo sometieron en el despacho de Stornelli— en desistir cuando a cincuenta metros vio su inconfundible andar a trompicones entre la espesa niebla. Recordó que los movimientos torpes del caminante le parecieron un poco graciosos. Pero en ningún

momento se dio cuenta de quién era. Es más, tenía cierta admiración por Maurizio. Pero su lucha no era por la República Judicial ni por el Partido sino por la reivindicación de las causas emblemáticas que llevó adelante para limpiar su propia mierda, que a fin de cuentas era la misma mierda que cagaban todos, pero Ercolini sentía que su mierda era especial y por eso se ofuscó cuando lo llamó a Maurizio para que intercediera antes los hermanos Caputto para que le emitieran facturas truchas y Mau le dijo que lo dejará de joder que él tenía cosas más importantes que hacer que lo resolviera con su plenipotenciario Nieto y Nieto a su vez lo derivó con otro y este otro con otro y así terminó pidiéndole facturas truchas a un cabeza de pescado que a fin de cuentas no resolvió nada y le entregó tickets de un chino del año antepasado lo cual, en su fuero íntimo, lo herculeó de rabia. Con la glock que le regaló Bonadio (antes de fenercer por causa de un cáncer fulminante mientras miraba su emblemático cuadro enmarcado ilustrado por Menchi Sábat), lo hizo zarandear a corchazos, un hilillo de sangre gorgoteó entre la comisura de sus labios y caducó. Estaban solos, Ercolini y la mortadela de Maurizio. Él, Ercolini, sabía muy bien qué lugares podía frecuentar solo un multimillonario ex presidente, y simplemente descargó su bronca. Así funcionan las cosas en el Partido Judicial. Lo llamó a Dieguito Lagomarsino (ese chico sí que jamás envejecía) que atendió con voz aguardentosa de resaca y le dijo que active el protocolo. Cuál protocolo, preguntó Dieguito, bostezando. El protocolo pelotudo, tengo otro fiambre. Hagamos

lo mismo que con Nisman, pero distinto, no sé, tráeme unos negros del conurbano y le abrimos una causa por terrorismo y asunto cerrado. Dale que tenemos poco tiempo. Lo corrido después es de conocimiento público, pero nada de eso es importante. Lo importante es que se sabe que los negros mataron a Maurizio como parte de algún conchabo populista. Y se instaló que gente del Comando Sabino Navarro participó en el operativo para conmemorar equis cantidad de años desde la gesta del fusilamiento de Aramburu.

4 años y nueve meses después

a Maurizio lo liquidaron sin pena ni gloria en marzo y ya en septiembre nadie hablaba del crimen. Seguía siendo un mal recuerdo y estaba eso de la Ley Bullrich, esto es, en resumidas cuentas, podían cagarte a plomazos en cualquier lado sin que hiciera falta una sola razón en nombre de la Seguridad Pública. Maurizio sería por siempre un mal recuerdo sin importar en qué forma, la palabra Maurizio era la marca comercial de la infamia tanto como Hellmans fue alguna vez decir mayonesa o mostaza Savora. A modo de conclusión, como quien evoca con elegante tristeza una oportunidad perdida, se hablaba del “Perón de los ricos” en las charlas informales que solían tener lugar en el Palacio de Tribunales. Ni los propios lo querían a Maurizio. Nadie se explicaba cómo un loquito así había llegado; tonto, sí, pero perverso como pocos. Todo esto se discutía entre quienes aún pensaban que valía la pena gastarse en semejantes discusiones, pero del asesinato de Maurizio en sí ni mu en ninguna parte, ni en Tribunales ni afuera, en la realidad real verdadera, que es la que injerta en los cerebros las corporaciones mediáticas y los ceos de las redes sociales y lo que se comenta en cafés y supermercados y programas de televisión (caídos en desuso, por cierto) y ciertamente en las múltiples plataformas de streamers donde cualquiera puede proclamar lo que se le venga

en ganas. Y al fin y al cabo era también un magnicidio, como el de la Yegua, que tantas y tan nefandas consecuencias había traído. En general se diría que Maurizio vivo o muerto valía lo mismo, hacía el mismo daño irreparable. Tal vez por eso nadie había intentado jamás boletoarlo planificadamente como parte de un mensaje a despachar a la sociedad civil. Ni para eso servía Maurizio. Maurizio era dañino y punto, un error irreparable que había que aceptar del modo que se acepta un evento de extinción y listo. No garpaba vivo ni a propios ni ajenos, mucho menos muerto: había cosas más urgentes que atender. Sobrevivir, por ejemplo. El Partido Judicial siempre sobrevivía, pero también siempre necesitaba seguir sobreviviendo. Encontrar algo con que reemplazar al dólar, por ejemplo, que se venía siempre en picada y ¿entonces qué, entonces qué? Algo que posibilite recuperar la paz, que una vez perdida, nunca vuelve igual que antes y eso era algo que estaban todos y todas aprendiendo a duras penas. Por el propio cuero y con malos modos. Como la primera pandemia, que supuestamente terminó no se sabe bien si durante el 2021 o el 2022, pero después las cosas no volvieron a ser como antes por más que hayan derogado las normas que obligaban a usar barbijos en espacios cerrados y se haya reinstaurado el derecho a fiestear legalmente (amén de dejarse de romper los huevos con el conteo de muertos, como si no hubiera otros muertos que contar). Ya nadie se acordaba de eso y los pocos historiadores que fueron capaces de conservar la vida en medio de los turbulentos primeros tres años que pasaron desde el magnicidio, eran más

bien historiadores de corte marxista o ultraliberal, de modo que más que investigaciones históricas —que por otro lado, y esto es verdad, no necesitaba nadie en momentos tan extremos como los que se vivían en el país y el mundo todo, ya que estamos, que siempre fue un quilombo total sólo que unas veces peor que otras— en el sentido más tradicional y completamente en desuso, se dedicaban a redactar extensos panfletos que buscaban cancelarse unos a otros y que más o menos decían siempre lo mismo, en uno u otro sentido. En cualquier caso, nadie leía tres años después del Asesinato y en general los artefactos culturales que producía el Aparato de Gobierno eran malgastados para acicalar museos que habían levantado para rendirse fastuosos homenajes a sí mismos quienes se habían adueñado del Gobierno a fines del año 1. Así que el Aparato de Gobierno estaba siempre bien predisposto para homenajear a sus antecesores, los Señores y Señoras del Partido Judicial, que al fin y al cabo habían fundado el Aparato. El Judicial, Partido al que no le tembló el pulso para archivar la causa del homicidio de Maurizio a manos, oficialmente, de un negro cualquiera en una callejuela de una Buenos Ayres todavía aturdida por los primeros bombardeos que empezaban a acercarse cada vez más allende sus fronteras. El Supremo Carlos Fernando era de la idea que si se hubiera investigado al Comando Sabino Navarro como se investigó a Los Copitos, todo habría sido distinto; pero no se hizo y ahora era demasiado tarde para llorar y a la prensa había que darle siempre un pedazo de carne podrida, arrojarles un negroide para que lo

devoraran las tapas de los diarios. Como siempre al parecer entre nosotros y nada. Nada y sobre todo nadie tienen arreglo en la Argentina, decía el Supremo Carlos Fernando. Ningunearlo a Maurizio les había jugado una mala pasada, en su distinguida opinión de jurisconsulto del Partido. Los porteños, que no eran solamente porteños sino también una alta proporción de provincianos aspiracionales a porteño, no tenían miedo, no al menos los de Recoleta y la zona del bajo, Puerto Madero. Si caía Puerto Madero sería el Acabóse, el fin del Aparato de Gobierno y el imperio de la anarquía. Si los densos provincianos daban por tierra con el Aparato de Gobierno, entonces ya nada quedaría de la Argentina y así ¿para qué vivir? se preguntaban elegantes señores añosos avinagrados que bebían sus cortaditos en callejuelas infestadas de hollín en el corazón de la Recoleta, donde por cierto olía a muerto hacía mucho tiempo ya ha.

4 años y tres meses después

Maurizio escaneó de costadito, como quien quiere sin querer la cachonda, con sus fríos gélidos ojos celestes, la jeta angulosa del (quien él imaginó) negroide que estaba a dos parpadeos de surtirle un trancazo de ida en la nuca. Él, Maurizio, pensó que era un negro, quién más si no, puede matarme a mí, quién más si no, que un negro de mierda. Pensó. Él, Maurizio, pensó que los negros peronistas tenían por destino matarlo; en su fuero íntimo ya lo sabía por eso cuando divisó la jeta pérvida de su amigo el juez Julián entre las sombras vaporosas de la traición, con quien tenía intereses y negocios judiciales parasitarios en común, en cierto sentido no lo podía creer, pero en cierto sentido sí. Ya que en general todos los del Partido Judicial se mataban entre sí, fueran amigos o no. Él, Maurizio, ya sabía cómo venía la cosa. Cuando supuestamente lo secuestraron en el 91, también sabía. Llamémoslo instinto o suerte de supermillonario, da igual; para el resto de los tristes mortales, qué queda entonces. Nada, no tiene que quedar nada. Para ellos: nada. Nada, los negros, desperdicio. Antes los indios, después los gauchos, el criollaje, la barbarie, y ahora los peronistas choriplaneros. Nada. Ahora y hace 80 años o más, quién sabe, que están haciendo mierda este país, que ya es una mierda de por sí. Mirá la Yegua si no, cómo terminó. Por ejemplo, piensa Maurizio, este negro que quiere

matarme no hará más que lo que hizo el boludito de Sabag Montiel y el pelotón de pelotudos de Revolución Federal con la sicótica. Si me matan así, si me ejecutan acá, en el prime time televisivo, in live en todas las redes sociales, vamos a hacer sangrar todos los culos que tiene el Estado argentino como nunca nadie jamás imaginó que podrían sangrar los culos del Estado argentino, que tiene muchos culos sucios el Estado argentino y como todos, todos los que no nos limpiamos el culo y lo sabemos, sabemos que lo tenemos sucio porque nos gusta así y así hay que tenerlo si quieren ser alguien en este país. Yo mismo se lo dije al boludo del viejo Franco no una vez sino muchas veces, antes de ser presidente: yo sé lo que necesita este país: un tipo como yo necesita este país: uno que les diga que los salarios son un costo más. Eso pensó Maurizio, si pudiera haber pensado en lo que pasó, en la traición de su juez amigo, eso hubiera pensado, si hubiera tenido tiempo para pensar. Por eso decimos y afirmamos, como si hubiera sido cierto, como si decir que si así hubiera sido lo transformara en así fue como pasó. Si hubiera tenido tiempo, antes de que le encajaran el plomazo en el pómulo, es lo que ciertamente hubiera pensado.

2 años y medio después

la señora De Tezanos Pinto se casó por civil con el influencer Dannan. Al principio la diferencia de edad entre la cheta de Recoleta y el ex espía de la Agencia Federal de Inteligencia de Mau fue tendencia en las redes sociales. Pero al cabo de un tiempito el debate generacional se diluyó porque, como todos saben incluso los del Partido Judicial, a la cheta de Recoleta le encantaban fumarse pendejos fachos y desecharlos sin más que un pete agrio, casi despectivo. Las redes sociales en cambio seguían administrando los deseos de sus seguidores usando algoritmos cada vez más específicos, por lo que no quedó otra chance que organizar orgías específicas con terroristas de Revolución Federal, sólo para celebrar un nuevo aniversario del asesinato de su querida exvecina la Yegua. De Tezanos Pinto, se decía, los había tumbado a todos los pendejos de la agrupación; las influencers del movimiento la tenían entre teta y teta y la odiaban como sólo podría odiar una mujer a una mujer, llegando incluso a planear eliminarla, un robo trucho, montado, solo para violarla y degollarla o reventarle la trucha a corchazos. La odiaban del mismo modo brutal y cerril que el Club de Fans Oficial de Gilda odiaba a la mamá de Santo Biasatti, famoso periodista avinagrado, avinagradísimo, que había fundado un club de Fans de Gilda disidente. Así la odiaban a Tezanos Pinto.

Pero por mucho que odiaran a la vieja recoletona, ciertamente para Revolución Federal y la mayoría silenciosa por ellos representada, primero había otras actividades más urgentes como lo son la defensa irrestricta de la Propiedad Privada, la Libertad y el Dólar Blue, la reinstauración de la Cultura del Trabajo, la Defensa de la Vida, o sea, primero había que seguir matando a quienes pretendían avivar el recuerdo de la Yegua como sólo puede avivarse el fuego del carbón para los choris humeantes. Para que pudiera funcionar todo lo demás había que matar a la Yegua no sólo en cuerpo sino también en alma y memoria, de ser esto posible. Si la Yegua no moría, no podía funcionar todo lo demás. Así que era muy importante que muera. Lo primero es lo primero, pensó Brenda. Pensó en Carrizo, el jefe de la banda con el que le habría gustado coger no tan de vez en cuando como lo hacían. Además, estaba un poco harta de estar en las sombras Brenda. Carrizo le decía que era mejor así, que ella les podía proveer de carne para la máquina de moler boludos que accionaban todos los miércoles desde las veintiún horas en el localcito de Revolución Federal que financiaban los Caputto y el diputado Gerardo Milman. Brenda se cuadraba, pero no se conformaba con la explicación así que estaba meta mandar mensajitos a ex chongos y amigas diciendo que había que matar a la Yegua y que Sabag era un boludo pero ella no podía aparecer porque los chicos de Revolución no admiten, supuestamente, mujeres en sus filas, pero eso no es cierto, pensó Brenda, porque estamos ahí, codo a codo con la hija del Coco en Revolución.

Brenda pensó en la máquina de hacer copitos. Eran ricos los copitos. Dulces. Brenda pensó en la agrupación, en todo lo que habían hecho y todo lo que quedaba por hacer con los muchachos, pasar de la palabra a la acción, prender fuego a la casta política, ponerlo a Chocobar en los billetes de diez mil, designar a Nayib Bukele ministro de Seguridad Moral de la Ciudad Autónoma, importaba un choto que fuera guatemalteco, nombrar a la peluquera Bolukalo Lemoine secretaria de Asuntos Estéticos de Casa Rosada a la que, dicho sea de paso, pensó Brenda, había que cambiar de color. Casa Rosada no puede ser más rosada en esta nueva etapa de la Nación, hay que pensar en otro color, lanzar una encuesta en las redes oficiales y dejar que nuestros seguidores hagan el resto, siempre, sea como fuere, elijan lo que elijan, siempre usaremos algoritmos específicos. Brenda salió al balcón, sacó su Bersa 64 de calibre 32 de 7.65 mm., y pegó tres tiros al aire. Tezanos Pinto también salió al balcón dando zancadas estrambóticas y procurando no derramar su copa de champagne. Arrastraba enganchados de su cintura dos pendejos de la agrupación, completamente desnudos y con sus fascistas vergas endurecidas y envenadas, la rodeaban cachondamente manoseándose todos entre sí como súculos y serpientes. En eso también llegó Agustina lanzando puteadas al aire como si clavara estacas en el pecho a los negroides del conurbano, pidió enseguida que cambiaran la música, pongan Wagner, pongan Wagner. Jonathan, El Presto y Leo, están por llegar.

2 años después

el Partido Judicial consolidó el Aparato de Gobierno por Acordada y volvió a las sombras. El Partido Judicial sería siempre el último reducto de lo último republicano de lo último ética y moralmente correcto en todo el amplio sentido de la rosca política, razón por la cual tenía mucho cuidado entonces de sí mismo. Por eso había sobrevivido, intangible, indiscutible, intocable por los aludes de barro que se sucedieron sobre las instituciones tradicionales desde el magnicidio. Con enormes cadenas mandaron a trancar todas las vías navegables y concentrando el manejo de las relaciones internacionales, tenían al interior, rebelde y harto, cagado de hambre y sumido en el atraso. De modo que miedo no tenían. Además, las provincias bastante mierda se hacían entre sí. La trágica experiencia del Gran Traidor Entrerriano había herido de muerte las posibilidades de una alianza real, sincera y próspera entre los provincianos. Muchos querían ser el nuevo Sarmiento. Pero tal cosa no era posible. (Porque Sarmiento hay uno solo). También estaba el libertario leónido Milei, un freaky oscuro y maléfico como Mr. Crowley, que pretendía pasar por el nuevo Bernardino Rivadavia sin la menor vergüenza, antes bien, jactándose de tal cosa. Cada provincia tenía un boludo de estos. Lo que con urgencia se sangraban entre sí las provincias, no lo podían aplicar

a la importante causa de restablecer la justicia derrumbando el Gobierno del Partido Judicial. Para cuando los del Partido Judicial instalaron su Policía y sus fuerzas de seguridad, ya era demasiado tarde. El Supremo Carlos Fernando siempre lo decía: Ése es el problema de este país, para bien y para mal, todo se hace demasiado tarde, cuando ya no importa, cuando ya no se puede arreglar nada, y en opinión del Supremo, esta suerte de resistencia agónica a lo que está mal, este tardío deseo de cambio nos hacía sufrir, para bien y para mal, incluso más. En Argentina se sufre más que en cualquier otro lado del mundo, opinaba el Supremo Carlos Fernando, un poco en contra de los liberales que decían que sufre el que quiere en el resto del mundo. Carlos Fernando hacía equilibrio, como buen miembro prominente de la familia judicial, pues en su fuero íntimo era bastante más conservador de lo que los tiempos obligaban a mostrarse en fallos y acuerdos de ministros. Las mujeres eran cosa seria, seguían siendo un problema y parecía no tener solución, ya que no podían darse el lujo de usar las fuerzas de seguridad para aplicarse al problema de las mujeres sin restar recursos a la lucha en el frente contra los provincianos, extenuados y poco peligrosos, sí, pero siempre al acecho. Qué desastre se convirtió todo, pensó la Señora De Tezanos Pinto. Acababa de cepillarse tres pendejos de la Guardia Revolucionaria Porteña al hilo. Los hizo flecos la señora a los pendejos. Mal comidos, venidos del frente a la ciudad unos días de licencia, los pendejos tenían lo suyo. Buenas pijas, buenos brazos, buenas piernas, buenas espaldas, linditos de cara.

La Señora De Tezanos Pinto se bancaba tres y más de esos, pero acabado el trance no podía sino pensar de inmediato en sus preocupaciones ordinarias: qué desastre está todo, se le vino a la cabeza. Lilita en su departamento contemplaba el sitio donde tenía idea de mandar a colocar un busto de Sabag Montiel. Pensaba Lilita, qué loco que haya tenido que ser un brasilero el que nos liberte a nosotros, los argentinos. Sabag no logró superar los interrogatorios a los que fue sometido y apareció muerto, inaugurando una categoría hasta entonces desconocida entre nosotros: el Aparecido. Que, en realidad, ya la habían inaugurado con Santiago Maldonado en Cushamen; pero como los del Partido Judicial siempre andaban embelesados en querer ser primeros y creativos en todo impusieron en el relato oficial desde foja cero a Sabag Montiel como el primer aparecido a manos de los negroides terroristas del conurbano. Por eso Lilita siempre militó la causa del primer aparecido, el muerto revoleado y aparecido. Hizo de Sabag Montiel su Santiago Maldonado y allá fue. De pronto se le ocurrió y dio media vuelta, encendió un puchó y llamó a los gritos a su escribiente. Anotá anotá, le dijo y comenzó el dictado de inmediato: Buenos Ayres, 20 de diciembre de 2025. Mi querido Juez Supremo: Cuatro palabras sobre la muerte de la Yegua y no más: ella no pudo ser precedida de un juicio en forma: primero porque no había jueces; segundo porque el juicio es necesario, para averiguar los crímenes y demostrarlos, y de los crímenes de la Yegua se tenía más que juicio, opinión, de su evidencia existente y palpable, comprobada por muchas

víctimas, por un número considerable de testigos espectadores y por su prisión misma. Sin embargo, vea usted cuál es mi duda. ¿No será conveniente dejar a los contemporáneos y a la posteridad, en los mismos esfuerzos que se hagan para suplir las formas, que no se han podido llenar o que eran innecesarias en el caso, una prueba viva del estado de la sociedad en que hemos tenido, usted y yo, la desgracia de nacer, y de la clase del malvado, que se ha visto forzado a sacrificar a la tranquilidad el señor Sabag? ¿Y para eso, que tal busto de bronce en alguna esquina representativa de la Recoleta? Me hace fuerza la afirmativa, querido Juez. Por lo demás, incrédula como soy de la imparcialidad que se atribuye a la posteridad; persuadida como estoy de que esta gratuita atribución no es más que un consuelo engañoso de la inocencia, o una lisonja que se hace nuestro amor propio, o nuestro miedo, cierta como estoy, por último, por el testimonio que me da toda la historia, de que la posteridad consagra y recibe las deposiciones del fuerte o del impostor que venció, sedujo y sobrevivieron, y que sofoca los reclamos y las protestas del débil que sucumbió y del hombre sincero que no fue creído; juro y protesto que colocada en un puesto elevado como usted, no dejaría de hacer nada de útil por vanos temores. Al objeto, y si para llegar siendo digno de un alma noble es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad, se miente y se engaña a los vivos y a los muertos según dice Maquiavelo; verdad es, que así se puede; hacer el bien y el mal; pero es por lo mismo

que hay tan poco grande en las dos líneas. Los hombres son generalmente gobernados por ilusiones, como las llamas de los indios, por hilos colorados. Supremo, a usted no le gusta fingir, ni a mí tampoco, y creo por ningún punto se aproxima tanto la conformidad de nuestros caracteres como por éste, y así que Sabag fusilando a la Yegua y yo escribiendo, decimos verdades que, aunque nos puedan acreditar de verídicos, no querriámos que se nos aplicasen, ¡voto a Dios! de ninguna manera. Todo se resuelve en las provincias. Salta, Tucumán, Catamarca, San Juan y Mendoza o hierven o fermentan por la organización general. Los liderazgos provinciales están azogados; dentro de breve ya no hallarán postura que les acomode; no podrán estar ni sentados ni de pie, y será necesario darles plomo y echarlos de barriga. Creo que además del busto a Sabag Montiel, su Gobierno Provisorio Señor Juez Supremo Carlos Fernando debe organizar la campaña: asegurarse de todos los regimientos de milicia y darles la efectividad de que carecen. Poner móviles miles de gendarmería de línea, en jaque sobre los negros. Venir a la capital; recibir el ejército; llamar lo que resta; hacer efectivos 10 mil hombres en un mes; asegurar la capital y hacer marchar cinco mil o siete que consigan un triunfo antes del segundo mes. Su Gobierno Provisorio se habrá regularizado en la manera mejor posible que por acordada nos dará y entonces y sólo así, el país todo volvería a ver aptitud de tapar con sucesos el gran suceso que es la fusilación de la Yegua, poniendo fin a la catastrófica revolución en curso y sacando de este acontecimiento patriótico

la base de un orden nuevo que sería legítimo en la cabeza de todos, porque no tendría relaciones inmediatas con el orden destruido. Todo esto, algo semejante o mejor, puede usted hacer; disponerlo y prepararlo. Esto sólo es bastante para hacer un héroe del que lo ejecute. Un héroe no es otra cosa, que el hombre que concibe un gran acontecimiento y lo realiza en la mayor parte o en todas sus consecuencias ulteriores. Si los Señores del Partido Judicial pudieran emplear fuerzas de seguridad judicializadas haciendo una entrada bulliciosa y militar sería lo más deseable; porque la imaginación móvil de este pueblo, necesita ser distraída de la muerte de la Yegua, y para esto basta bulla, ruido, cohetes, músicas y cañonazos y fakes en las redes sociales. Por otra parte, el gobierno necesita ya más regularidad, y las ranas empiezan a treparse sobre el Rey de palo, o el frasco de esencia a disiparse. En estos primeros momentos no se debe perder oportunidad de hablar a la imaginación, y la rapidez de los movimientos del que manda habla muy alto en las orejas de los que le temen en todas partes. Mucha gentuza a las honras de la Yegua; litografías de sus cartas y retratos y cuentas recordatorias en redes sociales; luego se trovará en memoria de la desgraciada en las pulperías virtuales que nuestros trolls y troyanos derribarán. Esto es bueno; porque así la Yegua de los pobres ya no será payada con el capitán Juan Quiroga y los demás forajidos de su calaña. ¡Qué suerte vivir y morir indignamente y siempre con la canalla! Señor Juez supremo Don Doctor Carlos Fernando: no crea usted que exigiese que perdiera su tiempo en

contestarme; es bajo de este pie, que me había tomado la confianza de escribirle e importunarle, y en esta inteligencia que usaré de la libertad que usted me da de continuar escribiéndole para pedirle y recordarle por el busto a Sabag Montiel. Deseo que tenga usted una vehemencia tenaz en la obra comenzada. Salud y fortuna. Adiós, querido Juez.

1 años y medio después

la guerra civil empezó el instante ulterior al magnicidio. Ese instante ulterior, la detonación, los gritos, la estampida, la sangre peronista y choriplanera derramada, otra vez, de nuevo nuevamente: produjo un retorcimiento extraordinario y asimismo temerario en la cronología histórica del país, un punto Jonbar. Como una grieta que un buen día aparece en la montaña e interrumpe la tarea de Sísifo, la roca no puede llegar al final porque no puede subirla más, entonces la repetición infinita se detiene, el rulo se corta, y la piedra vuelve a caer pues ya no tiene más (sin)sentido volver a subirla para repetir la misma historia que era lo que daba (sin)sentido a la historia. Cuando las primeras columnas de muchedumbres peronistas sitiaron todos los accesos a la Ciudad Autónoma, era mediodía del día siguiente al Día D, la policía de Larreta se puso más famélica y brutal, más sanguinaria, desaparecían cualquier cosa que se moviera después de las siete de la tarde. Habían decretado estado de sitio en la ciudad y había zona liberada para la agonía y el exterminio físico de los enemigos. Comodoro Py ardía en imponentes lengüetazos de fuego. Aparecían cadáveres colgando del cuello o los tobillos en el Puente Pueyrredón y en los otros puentes también. A veces aparecían extremidades mutiladas, alguna que otra cabeza decapitada, cosas así empezaron a pasar todos los días. La nueva

normalidad, decían. Comodoro Py siempre estaba ardiendo en llamas. Pero el Partido Judicial resistía. No faltaba día que prendieran fuego un juez o un fiscal. Pero el Partido Judicial resistía. No faltaba día que algo o alguien volara por los aires y llovieran balas o tripas en Plaza de Mayo. El Partido Judicial estaba allí siempre predisposto para salvar a la República de las hordas famélicas del conurbano y las provincias. Fernández el Presidente renunció al día diecinueve y ya no se supo más de él. Decían que lo había secuestrado La Guillotina, así llamaban al temible grupo de tareas de Revolución Federal del que nadie sabía nada pero todos supieron de inmediato acaecido el crimen de Cristina. Nadie entendía realmente las dimensiones de los posibles probables en un Estado-shock perenne. Lo cierto es que Alberto Fernández ya no estaba un año y medio después y lo habían olvidado y al día siguiente de haberlo olvidado nadie siquiera recordó por qué había tenido que olvidarlo. Bullrich intentó asumir el control de la República, pero la bajaron de un corchazo cuando abría la quinta botella de malbec en un mitin organizado por el Partido Judicial para candidatearla. En su honor, años después el Aparato de Gobierno bautizó como “Ley Bullrich” al instrumento legal dictado para vengar su muerte. Muchos brókers libertarios fueron asesinados en lo que se conoció como la Masacre de los Puntos Rojos; hordas de negroides extasiados de devoción mística y justicia social enfurecidos al grito de *“Urquiza hijo de una gran puta traidor a la Patria sorete mal cagado!”*, asidos con mazorcas peladas,

facones, machetes, ponchos rojos y smartphones, salían a patrullar las calles de Buenos Ayres a pelar chetos y todo aquel que fuera considerado un potencial cheto o fuera sorprendido en actitud cheta. Marra y Milei atravesaron la grave hora refugiados en una cueva donde contaban los dólares que hacían con el blue y la timba de los bitcoins y las conferencias sobre el Nuevo Orden Libertario Mundial con Gloria Álvarez. Distintos comandos de negroides les tenían entre ojo y ojo. Faltaban aún algunos años para ello, pero llegaría el día en que los libertarios tendrían una hora al día en la que podían legalmente, en nombre de la libertad absoluta, hacer lo que chota les dé la gana, a quien encontraran en zona liberada del conurbano, una medida del Gobierno consentida por el Partido Judicial que sirvió para descomprimir un capricho de aquel entonces de don Paolo Rocca.

Un mes más tarde

un bullicio desaforado lo escupió de la cama. La puerta cedió. Sombras bravas lo cercaron. Aterrorizado, abrió los ojos y los vio. Allí estaban. Los bárbaros invadían su intimidad. Usaban ponchos enmierzados con bosta de vaca y tenían barbas piojas. Un tufo a vino rancio lo asqueó. Uno de los negros peló un facón debajo del poncho y otro dejó ver la cabeza recién decapitada de su esposa. Reían y gritaban, locos enfebrecidos. Parpadeó y sintió la sangre caliente salir por el tajo horizontal que abrieron en su garganta. Una cortina oscura ciñó su visión. Volvió abrir los ojos y la perspectiva lo desgarró: su cabeza decapitada era sostenida por las propias manos del gran patrón propietario de la Provincia de Buenos Ayres, el Restaurador Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas. Él, el de la cabeza, es Joe Vázquez Iraola. Le dicen Joe, en realidad se llama José Félixberto. Su linaje se remonta al conquistador y colonizador Domingo Martínez de Irala, hacia 1550. Tiene un remoto origen mestizo guaraní esparcido entre la oligarquía argentina de la élite terrateniente de la Buenos Ayres decimonónica. La sangre de los pudientes de la época de la Independencia de 1816 arde en su cuerpo vigoroso y entrenado. Tataranieto del temerario presidente provvisorio del régimen de facto de la Década Infame de la Restauración Conservadora, José Félix Venito Uriberu. Joe tiene un pasado

ilustre y un patrimonio multimillonario. Es un bussinesman de la city porteña, recién casado con la modelo Sofía Álvarez de Arenales; fue una fiesta íntima celebrada en un exclusivo balneario en Punta de Este. Después de una luna de miel en las playas de la Polinesia, se instalaron en una mansión que compraron en un barrio privado en Troncos del Talar, en Tigre. Joe comenzó allí a experimentar la misma terrible pesadilla. Hordas feroces de La Mazorca violan y decapitan a su esposa, después lo degüellan a él. Además de ceo de una empresa de energías renovables, Joe tiene provechosos negocios con altos funcionarios del ente fiscalizador de sociedades off-shore de la Inspección General de Justicia. El magnicidio de Cristina generó terror en la sociedad argentina y posibilitó el retorno al poder del orden neoliberal conservador, que transformó la city porteña en una formidable guarida fiscal del primer mundo. Eliminados los controles nacionales e internacionales de sociedades por acciones, una élite concentrada multiplicó y ocultó de la acción del fisco sus ganancias y sus bienes ilícitos provenientes de la corrupción pública y privada. La pobreza trepó al ochenta y tres por ciento en pocos años; los negros sobrevivían famélicos; saqueos, represiones, muertes y estado policiaco de excepción, hundieron a la Argentina en un caos quasi-apocalíptico. La primavera pasada, Joe Vázquez visitó el parque eólico Rawson de Chubut, uno de los más grandes de América Latina, y un negocio millonario que compartía con el holding de los Macri. Aprovechó el viaje un fin de semana, y de paso alquiló una cabaña en Lago

Puelo, para descansar y desestresarse. Había adquirido los contratos a la firma italiana Osolux, los traspasó a Yenneia y a los chinos, y ganó así una diferencia de veinte millones de dólares. Estaba exhausto, el período de negociación fue ríspido; los chinos, pensó, pusieron muchos palos en la rueda. Chinos de mierda. Una videollamada de Sofía lo sorprendió en el jacuzzi, mientras esnifaba cocaína. A su regreso, prometió a su esposa compensar estas últimas semanas con un obsequio muy especial. ¿Un anillo de platino con diamantes incrustados? ¿Un fin de semana en Palm Beach, en Las Vegas? Capaz, mejor, en la estancia de Chapadmalal. Para celebrar el éxito del negocio de los parques eólicos. Mientras, Sofía hacía una campaña fotográfica en Bagatelle Beach, Punta del Este. Se volverían a ver en un par de días. Un viaje de placer, juntos, sería sensacional, imaginó Joe. Después de un masaje con piedras energéticas en el spa del resort, se recostó sobre la cama y revisó los mensajes en su celular de la modelo que contrató para que le practicara masajes con piedras energéticas. Sofía le envió un enlace con la entrevista que les habían hecho la semana pasada en su mansión de Troncos del Talar. Joe calificó a la entrevista de provechosa para la nueva imagen familiar de su vida privada suya particular, necesitaba imponerse en los mercados como un empresario celebrity; incluso había abierto las puertas de su mansión a los paparazzi y brindó entrevistas junto a su esposa modelo top en las plataformas audiovisuales de chimentos. Sospesó los resultados de los caudalosos aportes publicitarios que recibía el poderoso

conglomerado mediático con cuyos ceos también tenía negocios en común, y los tildó de satisfactorios. Joe se disgustó, eso sí, con los comentarios que colgaron haters y stalkers al final de la galería de fotografías de los interiores de su mansión divina en Troncos del Talar. *Toda la casa como que tiende a ser muy angosta... No sé... El mobiliario fue elegido para llenar espacios, algunos están saturados de cosas... Me gustan los muebles de colores... Pero por favor saquen ya ese dressuar vintage. No hay caso, no me gustan las casas que son cubos apilados de cemento y vidrio. Sofía and Joe. Cierren las puertas de su mansión y disfruten pertenecer a la casta de argentinos multimillonarios. Es muestra de frivolidad, está en relación inversa al contenido intelectual que supuestamente los motiva. De una penosa pobreza espiritual. Chitón. Lastimoso. Imagino que ganancias y bienes personales al día, ¿no? Linda casa, muy buen gusto, muy moderno, ¿en serio? El living, con esos colores, parece un vómito del Guggenheim. Horrible... Esos sillones de punto; con uno era más que suficiente. ¡Parece el muestrario de Roche para los clientes nuevos ricos que quieren mostrar que compraron los muebles en Roche! Es un ejemplo de un muy mal diseño y muy mal gusto, la casa.* Esto último escandalizó a Joe y pensó en llamar personalmente él, al editor en jefe del magazine para apretarlo; a quien por supuesto (él) conocía muy especialmente ya que solían intercambiar información delicada de celebridades in fraganti para carpetear a clientes y acreedores; pero era ya pasada medianoche; lo llamaría mañana, mejor. Se

dejó caer en la cama. Se durmió. Buena noche, salvajona, masculló el negro que revoleaba la cabeza de Joe, agarrándola por un mechón de cabellos y mostrándosela, como un cerdo recién carneado, a su esposa modelo top. Joe podía ver lo que ocurría; desde la propia perspectiva de un millonario decapitado. Trajimo a tu maridito pa que le dés un beso. Sofía lanzó un grito lastimoso, rajada por el terror que siempre le tuvo a los negros; cerró los ojos y los volvió a abrir vagamente, entonces lloró montones cuando vio sus sábanas blancas chorreadas con sangre pringosa de negro. Sintió el tufo de la condición social, el mismo sudor rancio aceitoso. ¡Negros de mierda!, gritaba la cabeza decapitada de Joe. ¡No la toquen! ¡Negros de mierda! Uno de los negros surtió un rebencazo a la mandíbula de Joe; su cabeza rodó por el piso; un alarido lo estampó contra la pared después de un zapatazo formidable. ¡Sofíaaaa! ¡Sofíaaaaa!, gritaba la cabeza de Joe. La salvajona está llorando, baboseó uno, y largó una risotada ordinaria característica. Las lonjas de los rebenques estallaron contra el lomo de Sofía; cinco guachazos fueron suficientes; brotaron hematomas morados negruzcos en su espalda y extremidades. ¡Ah la salvajona se meó del susto! La escena culminó con el degollamiento de Sofía. ¡Viva la Federación, muerte a los salvajes inmundos traidores unitarios puntitos rojos de la city porteña! Joe despertó sudado. Estaba asustado. Fue muy real, el sueño. Sentía pavor. Se frotó sus cavidades orbitales con los nudillos. Agarró el celular sobre la mesilla de luz, miró la hora, chequeó los mensajes. Se vistió; ropa deportiva. De camino

al gimnasio desayunó una manzana. Trotó sobre la cinta, hizo bici, media hora de crossfit, elongó. Escuchó Duran Duran, “Come Undone” siempre lo relajaba. Llamó a Sofía cuando volvió a la cabaña; una video llamada. Sofía le preguntó cómo se sentía. Le dijo que no lo veía bien. En serio, no te veo bien, mi amor. Ojeras, tenés ojeras. Fue esa pesadilla, iotra vez!, protestó. Una migraña, no estoy descansando bien. Ay amor, es el estrés... Seguro desayunaste una fruta... Te conozco... No tomaste el jugo de remolacha y manzana que te recomendé... Hmm... Té verde con galletas de arroz, y te va a pasar... Mua... Ah, quería avisarte, divo, el viernes llega mi amigo Hernán de Miami, vamos a pasar la semana que viene eligiendo los muebles en Roche Bobois y en Fauna Design... Uy es Pancho, me llama por la otra línea; Susana nos quiere en su living la semana que viene... Obvio que le dije que sí... Te llamo más tarde, amor. BYE-BYE... Ni bien desapareció la ventana del chat con Sofía en un punto negro, brotaron holografías y titulares de sus periódicos favoritos microsegmentados. **URGENTE - ÚLTIMAS NOTICIAS - LA FEDERACIÓN DECLARARÓ LA GUERRA A LA CAPITAL - LA FAMILIA PRESIDENCIAL SE REFUGIA EN BÚNKER SECRETO - LOS CAUDILLOS PROVINCIALES INGRESARÍAN POR LA GENERAL PAZ EN LAS PRÓXIMAS HORAS - SAQUEOS EN COUNTRYS Y BARRIOS PRIVADOS - SUBE LA VENTA ONLINE DE ARMAS PARA DEFENSA PERSONAL - EL PRESIDENTE INTERINO PIDIÓ CALMA Y ADMITIÓ QUE LOS SEDICIOSOS SERÁN CASTIGADOS.** Pidió a su buscador comunicarlo urgente con el secretario notarial del Partido Judicial, Esteban Lamandria. Esteban era amigo personal suyo, no era cualquier funcionario judicial así nomás, que no le atendería la llamada.

Joe, se pudrió todo. Embarcá con Sofía en el primer vuelo disponible a Europa, y rajá. Esteban, no entiendo nada, ¡qué está pasando! Las provincias... formaron un régimen paralelo. Se quieren quedar con la administración central de Buenos Ayres. Dicen que nosotros, los porteños, somos garrapatas chupasangre. ¿Podés creer a estos negros de mierda? ¿Y qué va a pasar? ¡Me estás jodiendo, Joe! Vuelen los negros, eso va a pasar, pelotudo. Rajá ya, en cuarenta y ocho horas caemos todos. Pero Esteban, Sofía está en Punta del Este. Yo estoy relajando en Lago Puelo, ¿en serio te parece para tanto, porqué no les meten garrote como hacen siempre? Joe, haceme caso, rajá. Acá revienta todo, y cortó. Joe sintió pedacitos de vidrio subir por su garganta.

20 días después

en la tele se ocupaban las horas con cualquier novedad, cualquier testimonio, cualquier nuevo arrepentido o allanado o detenido que fuera surgiendo. Una tarea incansable la del periodismo y las redes sociales que, por entonces, como antes y con toda seguridad como siempre, jamás ha conducido a nada. Pero es un modo de vida considerado honesto. Bullrich se sacaba fotos para la tapa de la revista Gente probándose el saco. También iba probándose el saco en cuanto mitin de la urgente y dramática hora fuera convocada para opinar.

Un par de semanas después

hubo una gran tormenta. Cayó granizo del tamaño de los puños del Roña Castro. La intensa lluvia apagó los focos de incendio en distintos puntos de la ciudad de Buenos Ayres al menos durante unas cuantas horas, aunque los tiros y enfrentamientos no cesaron. La negrada multitudinaria colmó el Obelisco como marabunta peronista después de una reforma laboral exprés largamente reclamada por las Pymes y los grandes productores industriales. Reprimieron, tonfearon, balearon, gasearon, mataron. Nada sirvió para amedrentar a la negrada. Se iban tan rápido como volvían a concentrarse. El alcalde de la ciudad llamó al presidente y exigió sacar a los negros del Obelisco. El presidente respondió que era imposible, son millones, dijo, están en todos lados, ustedes provocaron esto, ahora báquensela. El alcalde cerró la llamada, desconsolado. Procuró arrancarse los pelos que no tenía de su marciano y sudoroso cráneo. Enseguida, crispado, sacó otra llamada. El presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación le dijo que estaban en medio de una Acordada: lo vamos a rajar a Alberto, esto no da para más, no sé a quién vamos a poner, capaz agarro yo este fierro caliente, los desaparezco hasta que me canse y después agarrás la posta vos, dijo Rosatti y hurgó dentro de su nariz amorronada. Horacio, dijo el alcalde, esto ya detonó, ¿estás seguro de lo que están por

hacer? Mirá que la cosa está muy podrida. Rosatti carraspeó serenamente como sólo un Supremo puede carraspear serenamente. Y dijo: ¡Vos hacé lo que yo te digo, pelotudo! Esperá y seguí metiendo tonfa que para algo te pusimos ahí. El alcalde no alcanzó a escuchar la última puteada del Supremo Rosatti, prefirió cerrar la llamada arguyendo una supuesta otra videollamada entrante de Maurizio. De hecho pensó en llamar a Maurizio pero prefirió rascarse el cráneo por unos segundos más. Después se puso a revisar los mensajes entrantes de sus tres celulares encriptados. No podía con tantos mensajitos alarmantes así que solicitó la inmediata presencia de su novia Milagros Maylin y de otros plenipotenciarios que aparecieron en su despacho como aparecen los fugadores de la city cada vez que devalúa la moneda nacional. Los puteó un poco más de lo habitual y ordenó una reunión ampliada de gabinete, quiero que estén todos, la reputísima madre que lo recontra mil parió, imé escucharon! Los quiero acá a todos en dos horas, el que no viene que renuncie... Horacio, mi amor, dijo Milagros acomodándose algo nerviosamente sus áureos mechones de pelo detrás de la oreja, aunque sin titubear desembuchó: Dallesandro (ministro de Seguridad) está desaparecido, Acuña (ministra de Educación) dejó de twittear y supimos que algo malo estaba pasando, llamamos al jefe de la Policía de la Ciudad y nos dijo que si le dábamos órdenes él daría la orden a todos por debajo suyo que los agujeren a plomazos a todos, caso contrario Buenos Ayres caería en las próximas horas y cuando me lo dijo, Horacio mi

amor, en serio de verdad lo digo, subrayó Milagros Maylin, cuando el jefe de la Policía de la Ciudad me dijo que te transmita muy encarecidamente que cuando está diciendo las próximas horas está diciendo eso, las próximas horas son las próximas horas, ni un día o dos, las próximas horas. El alcalde se frotó la cara con el antebrazo, estaba preocupado, desencajado, muy muy pálido e igualmente tremebundo, los celulares no dejaban de timbrear, recién había sosegado el diluvio, el sopor nauseabundo de la city se levantó apestado de hollín y meada de perros; llegaba hasta las oficinas de su búnker corporativo secreto ubicado en algún punto rojo de la city; lo sentía claramente su epidermis en el temblequeo febril de sus vellitos púbicos, era el hedor peroncho, el hedor del planero típico característico negro de mierda medio argentino, y lo irritaba y lo sobre estimulaba por igual por muy embelesado que se sentía con la idea fija de ser presidente de la Nación y acabar de una buena vez con tanta desidia traicionera y vilipendiosa, pensó, es lo mismo que haría Roca, exterminar para ganar territorio. Sería un héroe nacional mucho más significativo que Maurizio, que no tuvo huevos para arrojar al país por el precipicio. Este era *su* momento. No podía desaprovecharlo, se dijo a sí mismo vos podés vos podés Horacio vos podés porque sí se puede sí se puede. Decile a Dallesandro que le diga a Pepín que le diga a Rosenkrantz que hable con Rosatti y que le diga, escuchá bien, que le diga de parte mía, y no te vayas a olivar que le diga explícitamente que es de parte mía, que se vaya bien a la recontra reputísima madre que lo re mil

parió. Milagros su novia en su calidad de jefa tácita de su cohorte de asesores plenipotenciarios sugirió que no sería una buena idea putear así a un Supremo, que por más que la República estuviera en peligro él no podía actuar como un mono aunque en ciertos casos específicos debiera sí actuar como uno, ese momento específico no era justamente éste, y que si de ella dependiera, teniendo en cuenta por supuesto la convulsión interna y los muertos pasados y los muertos del futuro, porque siempre que la Argentina entra en fase de detonación pasa lo mismo, desde que Argentina es Argentina, Horacio, le dijo, es como dijo Sarmiento: Southampton o la horca. Del laberinto ya no se sale por arriba, se sale por abajo. El alcalde se mostró fantasmático y enredó sus temblequeantes manos sobre su cara como lo haría un personaje de Arlt, apesadumbrado como si la historia argentina tuviera toda la puta culpa de su devaneo político personal. Milagros y sus plenipotenciarios seguían allí, revisando las redes sociales, sus dedos pulgares no paraban de bailar sobre las centelleantes pantallitas encriptadas. Una docena de plasmas transmitían una docena de noticieros en vivo y en directo en simultáneo las cruentas y sanguinarias batallas en las calles de la city porteña. Todo el país estaba más o menos igual de desmadrado. Pensó con impronta random. Pensó en el Toto Caputto. Pensó en Patricia. Pensó en el Colorado. Pensó en el negocio de las grúas. Pensó en las facturas truchas. Pensó en los negocios inmobiliarios. Pensó en Lago Escondido. Pensó en Millman. Pensó en el Turco. Pensó en Dujovne. Pensó en Jorge Macri. Pensó en la pitonisa Carrió.

Pensó en los carpetazos. Pensó en el trazado electoral imaginando una línea blanca entre puntitos rojos. Pensó en Paolo Rocca. Pensó en Magnetto. Pensó en el Banco Central de la República. Pensó en la clownesca jeta de Ramiro Marra sin saber muy bien por qué. Pensó en Jaime Stiusso. Pensó en Pirincho y seguidamente pensó Alfredo Cassero: buscá Mandela, buscá Mandela. Pensó en el serpentario de Comodoro Py. Pensó en Claudio Bonadio. Pensó Julián Ercolini. Pensó en Carlos Pagni. Pensó en Pichetto. Pensó en el Plan Refresh para liderar la República. Pensó en la rosca. La rosca siempre la rosca. Pensó en el country Cumelén, la meca del partido amarillo en Villa La Angostura. Pensó en lo que le había dicho el Chaqueño Palavecino la última vez que comieron asado y tenía la cara como un morrón rojo producto de las ingentes cantidades de vino que bebió y le dijo, el Chaqueño, que había que hacer las cosas a lo macho, que había que recuperar el machismo, la hembra es una cosa y el macho es otra cosa, hay que hacer las cosas de un varón a lo varón. Pensó en la Mona Jiménez y organizar un gran recital en el Obelisco, para descomprimir el batiburrillo político. Pensó en muchas cosas Horacio pero, sobre todo; pensó sobre todo en Tik Tok, subir unos videítos donde se lo viera distendido y esperanzador. Le pidió a Milagros que se ocupara del videíto de Tik Tok y que lo mandara llamar a Stornelli, que se invente algo para meterlos preso a los kukas, él sabe bien que la cosa viene bien jodida, tiene experiencia y su cuero es duro como el del lagarto de Komodo y además los Supremos le van a decir que sí a

cualquier bofe judicial que se le venga en ganas, si los metemos preso preventivamente vamos a tener más volumen político para hacernos cargo de la negrada multitudinaria en las calles de la city y básicamente vamos a poder reprimir sin pruritos baratos sentimentalistas meter tonfa y plomo como corresponde como hay que hacer. Milagros hizo un gestito aventando su mano derecha por encima del hombro y enseguida los plenipotenciarios salieron disparados de la oficina, ya sabían lo que tenían que hacer. Hagamos el vivo para nuestras redes sociales, instruyó Larreta a Milagros, voy a dar un mensaje para todos los porteños y a los demás argentinos, pero especialmente a los porteños. La blonda movió unas cuantas chucherías del escritorio, reacomodó otras y minutos después preguntó a su calvo gurrumino si ya estaba listo, sí, asintió con la cabeza y comenzó: queridos porteños, queridos argentinos, la Patria está en peligro, ajusticiada la condenada, pudimos ver su verdadera cara. No es un sistema político lo que estos planeros peronistas amenazan destruir. Es todo orden social, es la propiedad privada tan penosamente adquirida, toda la esperanza de elevar a la gente de bien al goce de las instituciones que aseguran la vida, la dignidad y la civilización. Porteños, conocen las Provincias, donde han imperado por años los cacicazgos y el nepotismo, y hoy se han convertido en muchedumbres hambreadas de guerra y desidia, tal es así que los hemos visto incendiando countries y propiedades privadas y robando descaradamente para saciar sus instintos rapaces. Tendremos otra vez a los peronistas no sólo

para robar nuestros bienes, sino también para hacerse de los medios para enzarzar la discordia y la desolación en todos los puntos de la Argentina. El dinero del erario público arrancado por las extorsiones y la violencia, son el elemento con que cuentan para llevar adelante sus intentonas salvajes barbáricas, porque mal los honraríamos en llamarlos planes de desestabilización. Por eso la gran porteñidad argentina nos mancomuna, tenemos mucho más por hacer que defender nuestros hogares y nuestras propiedades privadas. Nos debemos a la República, a la dignidad humana, salvar la civilización que hemos construido amenazada por estos vergonzosos levantamientos de la parte más atrasada de la población que quiere entregarse sin frenos a sus instintos de destrucción. La city reducida a la barbarie, la city saqueada, la city gobernada por los kukas, desaparecerá del mapa argentino si no aprestamos nuestros propios recursos, nuestra propia industria y esfuerzo, a consolidarse entre las ciudades más adelantadas de la República y del mundo. Porteños, argentinos, a las armas y que la Ciudad de Buenos Ayres sea un gran ejército, un baluarte contra la calumnia peronista, y un ejemplo para todos los pueblos liberales del planeta. Esto es lo que espero de todos nosotros, buenas noches. El alcalde se paró envalentonado tras su mensaje apologético con la seguridad de quien debe reconstruir la República preguntó a Milagros cuántos views tuvo su live y la blonda respondió muchos mi amor, muchísimos. Muy bien, dijo el alcalde, y ordenó que preparan su vehículo blindado y su

conde de seguridad personal para que lo acompañaran a una recorrida por la city a pesar de la negativa de su novia por encontrar dicha prorrogativa sumamente peligrosa a pesar de todo el alcalde de todas maneras insistentemente consideró que debían consumar una recorrida por Recoleta o Puerto Madero con el propósito de enviar un mensaje de seguridad a todos los porteños. Media hora más tarde Larreta ya estaba a bordo del acorazado blindado seguido por otros acorazados blindados y una guardia motorizada de la Policía Penitente de la ciudad. Mientras cruzaba por Callao y Corrientes el alcalde dijo en voz alta, para que lo escucharan sus más cercanos colaboradores que lo escoltaban que no había que economizar sangre de peronista, es un abono preciso para hacer útil a la República. Todos asintieron. Enseguida después Larreta pidió hacer un patrullaje por la zona de los dos Congresos. Mientras se dirigían hacia allá le mandó un mensajito de audio al magnate de la corporación energética Edenor, Maurizio Filiberti, quien tres días antes del magnicidio ya había abandonado el país. Fili (así llamaba Larreta a su compinche), querido, ¿cómo anda todo por Berlín? Acá como siempre, cada cierta cantidad de años el país vuela por los aires, jajaja, pero no te preocupes, en uno o dos años ya vamos a poder volver a hacer negocios. Escuchame una cosa Fili, necesito que hables con Macfarlane, Caputto y Terranova, tenemos que sacar los dólares del fideicomiso al exterior, donde siempre, Delaware. Tiene que ser urgente, hay que organizarnos porque unos días más y se va todo a la mier... Una explosión hizo volar la cúpula de

los dos Congresos, lengüetazos de fuego ardían entre grisáceas y espesas y acaloradas rojizas columnas de humo cuando una flota de helicópteros rodeó la zona como moscardones en rededor de la mierda. Hubo seis, siete, ocho detonaciones más. La gente en la calle decía que se vayan. La gente en la calle decía: los quiero matar. La gente en la calle decía: a ver si los derrumban. Por fin había llegado el momento, pensó el alcalde entre el griterío desincronizado y el pánico generalizado. Siguiendo por avenida Alem, a la altura de la histórica revistería de Don Tukko, la policía motorizada se detuvo al toparse con una trinchera de cubiertas envueltas en llamas y densas cortinas humeantes. Media docena de rechonchos efectivos de la Unidad de Control del Espacio Público descendió de un rodado blindado y empezó a gasear y meter plomo. Volaron bombas molotov. Volaron cascotazos. Volaron botellas de birra. Una columna del sindicato metalúrgico apareció intempestivamente detrás de la comitiva oficial porteñera, cortando el paso y la eventual retirada, con bombos y pancartas y palos y fierros y chumbos empezaron a atacar los vehículos oficiales. La gente corría perdida y desparramada de un lado para el otro como franceses en la final del mundial de Qatar. Milagros entró en pánico y un plenipotenciario debió zamarrearla un poco para que volviera a entrar en razón, en tanto el jefe en guardia de seguridad de Larreta sugirió que debían salir del coche y huir corriendo en medio del enfrentamiento. La ráfaga de tiros era constante y sostenidamente dramática. Por avenida Huergo apareció una voluminosa caterva de piqueteros.

Un gordo gritó: ¡Es Larreta, muchachos! ¡Es Larreta! Los guardias de Larreta descendieron del vehículo y obligaron a todos a seguirlos. El fuego cruzado se intensificó. Los metalúrgicos superaban en mayoría a los efectivos de la UNCEP aunque éstos últimos estaban más y mejor enfierrados. Sin embargo los gordos peronistas lograron derribar de un corchazo en el cráneo al alcalde. Fue un disparo que salió desde la multitud famélica de justicia social. Larreta se derrumbó como el peso nacional después de que Macri mandó a los argentinos a dormir en las primarias de 2019. Milagros cayó arrodillada al lado de Larreta como si le hubieran macheteado las corvas. Desde los edificios, alguien gritó: *¡Urquiza hijo de una gran puta traidor sorete mal cagado!* ¡Rajemos! ¡Rajemos!, gritó el único efectivo de la UNCEP que quedaba en pie. Las manos de Milagros chorreaban la sangre de Larreta; lloró por un momento acurrucándose en el pecho frío e inerte del cadáver. Vio el arma de un efectivo caído a menos de un metro de su posición, agarró el arma y al grito de ¡Negros planeros de mierda! salió corriendo de frente a la turba efectuando una ráfaga de disparos. Seis, siete u ocho bombas molotov estallaron en el cuerpo de Milagros y se rostizó casi al instante. Como muertos vivientes, la innumerable e incorruptible muchachada peronista desmembró el cadáver del alcalde.

2 días después

todo parecía haber enloquecido. Se decretó feriado bancario, al cabo del cual el Banco Central subió 17 puntos porcentuales la tasa. Se volcaron más de 390 mil millones de pesos a depósitos a la vista. El stock de plazos fijos en pesos creció 6,8 por ciento, por encima de la inflación. La volatilidad en las cotizaciones paralelas del dólar llevaba dos meses y ya nadie quería invertir —*y sin inversión no hay trabajo y sin trabajo...* solía decir Maurizio, incapaz de completar la frase—. Así que el Gobierno del Delarúa Peronista buscó darles impulso a las colocaciones tradicionales a 30 días con una acelerada suba de la tasa de interés mínima. El piso quedó en 69,50 por ciento nominal anual para las imposiciones a 30 días de hasta 10 millones de pesos y así si se colocaban depósitos a 30 días y se renovaban mensualmente reinvertiendo lo ganado, se podía ganar un 100 por ciento sobre el capital al cabo de un año. Claro que había que declarar la guita, pagar impuestos, comisiones al Banco y una serie de detalles que podían desplomar del 100 al 30 y piquito por ciento el rinde que prometía ese canto de sirenas con el que habían salido a enamorar con el peso. La tasa no indicaba nada bueno, pero a nadie le importó en tanto y en cuanto sirvió para estabilizar transitoriamente al dólar, que no paraba de subir. Era lunes y había mucho por resolver. Había que ocuparse de la

investigación, preparar el entierro, decidir si la embalsamaban o no, tomar muestras de los huesos para repartir en relicarios en las Unidades Básicas más importantes del país y, sobre todo, sobre todo custodiar el cadáver porque no sea cosa que se lo quieran robar. Todo esto sin contar con la enorme tristeza que arrasó con todo sin que nadie se diera cuenta el vacío irremontable que el asesinato fue dejando a su paso.

1 día después

corría la noche del viernes y bien entrada la madrugada del sábado. A la mayoría aún le costaba creérselo. Las ciudades de todo el país amanecieron vacías. Como si horas y horas de transmisión televisiva fueran a devolverle la vida a Cristina en millones de casas las teles ardían desde la noche anterior sin merma durante el día. Los que pudieron creérsela, sucumbieron de inmediato a la tristeza. Al fin, la perversa Capital Federal, la soberbia y pretenciosa Ciudad Autónoma de Buenos Ayres ya había soportado demasiado y no estaba dispuesta a más: mataron a Cristina.

Unos minutos después

el Procurador Interino del Partido Judicial Eduardo Cazal envió —desde su teléfono celular encriptado— un mensajito de texto epistolar a su compinche y capataz del ex presidente Maurizio: ¡Jefe, hay que descorchar! ¡Exterminamos a la Yegua! Ciento es, mi querido Presidente Mandato Cumplido, que no pudo ser bajo nuestros términos, claramente más civilizados, pero hoy, es un día histórico para la República, nuestro país dejó de ser *de mierda* para pasar a ser simplemente *un país*, a secas. Ahora tenemos el desafío de ser *un país serio y ordenado*. Ciento es también, mi querido Presidente Mandato Cumplido, que fue gracias a la sanitización que llevamos adelante en el Partido Judicial y gracias al denodado esfuerzo de nuestros aliados el Señor Magneto y el Señor Rocca, decididamente tampoco hubiera sido posible sin los pesos inyectados por la Corporación Caputo al lumpenaje organizado. Y por supuesto mi querido Presidente Mandato Cumplido, los micrófonos que metimos en el culo a propios y extraños como salvoconducto y carpetazo para disciplinar. ¡Y todo esto fue gracias a usted, Jefe!

Punto Jonbar ((Páginas con fondo negro))

del 1º de septiembre la Yegua llegaba a su casa venía del traqueteo continental del vadeo doméstico parlamentario y la rosca dramática porque para ser peronista a las cosas hay que hacerlas no es ir andando nomás a la chacota montando contubernios escandalosos en las redes sociales en los telediarios en las salas de operaciones judiciales en los bastidores de la historia argentina diciendo cualquier cosa porque si vamos al caso cualquiera puede decir cualquier cosa y para decir cualquier cosa está todo el mundo y la Yegua claramente no era todo el mundo era la Yegua peronista era la Yegua odiada desde las vísceras no sólo por el convencimiento obcecado de la portuaria mezquina matriz de la Ciudad Autónoma de Buenos Ayres sino también ^{sino} también por causa de las ingentes cantidades de manteca que necesitaban arrojar perpendicular y diariamente a los altos techos de sus countries privados quienes presumían asumirse la reserva moral de la República siempre devastada siempre en decadencia por culpa del indio bruto del gauchaje paria que después fue el negro y después posteriormente el negro choriplanero y así la trapisonda de los dueños de las vaquitas de los comoditis no podía esperar otra cosa más que el mensaje de quien quiere que sepas que sos vos sin mostrarte la jeta pero poco

importó a la hora de la verdad de dónde venía el mensaje porque era una verdad destinada como una bala gatillada que sale o no sale de la recámara para volarte la cabeza en medio de la muchedumbre peroncha que quería verla tocarla saber que era ella real verdadera ahí en Juncal y Uruguay como todas las tardes noches de los últimos días la Recoleta olía como huele la Recoleta a hollín y meada de perros y añoso hacía tiempo y mucho calor hacía entre las multitudes sin embargo aposentaba sobre el horizonte imaginario de la patria cierta esperanza que animaba que enardecía la posibilidad de su vuelta inapelable como el sol troceando los pedacitos de niebla obsecuente del feudo porteño escriturado con sangre desde hace mucho mucho tiempo ya ha.

2 días antes

dijo el diputado Millman: Cuando la maten voy a estar camino a la costa. Y lanzó una risita bravucona y desarticulada, mientras contestaba con emojis la apretada de un ex yuta encubierto de la Agencia Federal de Inteligencia que le reclamaba más guita a cambio de data valiosa para armar un carpetazo. Lo escoltaban dos hermosas notariales plenipotenciarias de su rebaño personal, Carolina e Ivanna. Hacía un día pleno, el sol asomaba entre nubes dilatadas sobre la siempre atufada city porteña. Salieron todes eyectados de la confitería Casablanca, el vehículo oficial los recogería en cuestión de minutos, y Millman pidió en el mientras tanto que lo sacaran, desde alguno de sus teléfonos encriptados, con el Muñeco. El Muñeco no era otro que Sabag Montiel. Una de sus notariales asistentes (no importa cuál) le pasó el teléfono encriptado. Escuchame una cosa Muñeco, todo listo, te están esperando en Resistencia, tomate el bondi, ya sabés lo que tenés que hacer. Millman cerró la llamada y pasó el teléfono celular a una de sus notariales asistentes (no importa cuál) y dándole precisas instrucciones de destruirlo sacó un pañuelito descartable del bolsillo y se sonó la nariz con destortalada fruición y montó en su vehículo oficial del Estado pagado por los contribuyentes y enrumbó junto a sus dos notariales asistentes al bunkercito que tenían para los conchabos en el Instituto de

Estudios Estratégicos en Seguridad, en avenida de Mayo 953. Llegados allí Millman pidió a una de sus notariales asistentes (no importa cuál) que fuera a comprar media docena de vigilantes. La otra notarial asistente, la que quedó en la oficina (no importa cuál), llamó al ingeniero Teodoro, el jefe tecnológico del Partido, por precisas instrucciones del diputado, quien, una vez ya en comunicación con el susodicho perito, planteó que debía estar todo debidamente aceitado para no encontrarnos, dijo no encontrarnos, con ninguna sorpresita. Además, dijo Millman a Teodoro, un día de estos vas a tener que venir para el bunker porque hay data que tenemos que eliminar de los teléfonos, es importante, no te olvides, boludo. Una vez cerrada la llamada el diputado Millman solicitó a su notarial asistente, la que quedó en la oficina (no importa cuál), que se comunicará por teléfono celular encriptado con la notarial asistente de Isotopo y le transmitiera mi intención, dijo mi intención, de proceder según lo planificado. Que procedan según lo planificado, dijo la notarial asistente (no sabemos cuál ni nos importa), y cortó. El diputado le pidió inmediatamente que destruyera los teléfonos celulares encriptados que recién habían usado y que sacara otros teléfonos celulares encriptados, que tenían que seguir haciendo llamadas y enviando mensajitos encriptados. Cuestión que, estando en eso, llegó la otra notarial asistente (nunca importó cuál), con la media docena de vigilantes envueltas en una bolsita reciclable verdeamarela. Millman observó la city a través de la ventana del tercer piso donde funcionaba el bunkercito, y pidió a la notarial

asistente que compró los vigilantes que los dejara sobre el escritorio y también el ticket, que no se olvidara del ticket porque así podía pedir el reintegro, que ella ya sabía. Observando la city Millman pensó en todas las cosas que puede pensar un hombre en su posición al servicio no de una causa sino de la Causa de la República cuyos ensalzables fundamentos demandan altos estándares de exigencia a la hora de tomar las decisiones que hay que tomar para que la República pudiera seguir siendo La República, una República donde todos seamos libres de hacer lo que se nos dé la gana sin que nos estén rompiendo soberanamente las pelotas con los impuestos y el curro de los derechos humanos, los zurdos de mierda, los kukas, planeros de naturaleza aceitosa y haragana, hay que hacerlos cagar fuego a todos. Imbuido en estas profundas disquisiciones que dividían a la República hace añares, el diputado Millman despabiló tras un parpadeo, volviendo en sí a los avatares de la política doméstica y el contubernio rosquero solicitó a una de sus notariales asistentes (mejor es que no sepamos cuál) que lo sacara con el pelado Trebuco: Sacáme con Trebuco. Millman usaba el verbo sacar para que lo comunicaran con alguien (no importa quién) cuya conversación era, qué dudas caben, un secreto de Estado. Sacáme con Gachi. Sacáme con Pachi. Sacáme con Sagitario. Y así, por supuesto obviamente, todos eran convenientes apodos encriptados, a nadie se le ocurría hacerse pasar por uno mismo real verdadero cuando la República misma estaba en juego. A Millman le gustaba mucho prologar sus rosqueríos con un

Escuchame una cosa, más determinante que contundente el tono de voz usado para cagar a pedos a quien haya que cagar a pedos, porque siempre es mejor prepotear semánticamente, subrayar que quien te lo dice está al mando de las cosas que hay que estar al mando para hacer las cosas que hay que hacer por la República. Escuchame una cosa Trebuco. La puta que te parió Trebuco. La recalcada concha de tu madre Trebuco. No podés ser tan cajetudo Trebuco. ¿Vos sabés quién soy yo? Trebuco. ¿En serio te vas a hacer el pija commigo? Trebuco. Trebuco, mirá que si te agarro cagándome te violo con el Obelisco hasta que el colón te quede como un morrón hervido. Trebuco era especialista en hacer operaciones de prensa en los medios dominantes, por mucha red social que hubiera para tirar fakes a los haters como quien tira un balde de carne molida a la jaula de los leones, el oficio de montar notas periodísticas como el oficio de armar causas judiciales siempre tenía una buena salida laboral, sea el día que sea del año que sea en el momento que sea. Si bien Millman le había dado a Trebuco jugosos pescados podridos para agitar la tropa de la Yegua que todos los días la bancaba en la puerta de su casa en Juncal y Uruguay, lo cierto es que había que armar algo más grande, algo que los haga cagar de miedo y al mismo tiempo que los dejen descolocados a los negroides, sin saber qué puta van a hacer ni qué mierda les va a pasar, pero, claro justamente, sabiendo perfectamente que sí, que algo muy grande les está por hacer fruncir el orto. Millman quería sangre y el pelado Trebuco tenía que cuidar el laburo y sobre todo su parcial credibilidad.

Cuestión que no se ponían de acuerdo y el diputado lo tenía que apretar un poco al pelado para que soltara el pescado podrido. La Yegua estaba ensanchando la cancha y si la dejamos crecer más, nos surte otro mandato por el orto y tenemos a todos los kukoides otra vez en la calle, decía Millman ya sin saber si lo decía o lo pensaba en voz alta. Solicitó a su secretaria notarial (capaz Carolina, no importa quién en realidad) que destruyera los teléfonos celulares encriptados. La otra notarial (Ivanna capaz, no importa quién en realidad) preguntó (más por curiosidad que por ingenuidad) si estaba seguro. ¿Está seguro diputado? Millman la paneó de abajo arriba y arriba abajo como a un gusanito recién escapado de entre las baldosas de la vereda que puede ser dulce y brutalmente aplastado a un mismo tiempo, y la puteó: Escuchame bien una cosa, Pitufa. Si yo te digo que destruyas destruí, es así de simple, es así de sencillo. Sí señor diputado, destruir, destruir. Cuestión que las dos secretarías notariales (no importa quién, si Carolina, si Ivanna) fueron a la caja fuerte, ubicada detrás de un cuadrito de Maurizio con la banda presidencial, todos los teléfonos celulares encriptados. Traé todos, traé todos, todos los celulares traé, decía Millman. Acá, acá dejálos todos, sobre el escritorito. Sacó un martillo y después otro martillo del cajoncito al costado abajo del escritorito y los puso sobre el escritorito al lado de la pila de teléfonos celulares encriptados. Agarren un martillo cada una, les dijo a ambas (no sabemos si mirando a una u otra, aunque en realidad no importa): Ya saben lo que tienen que hacer. Pongan

música al palo, que no se escuchen los mazazos en la oficina de al lado. Carolina o Ivanna (no importa quién, ya saben) usaron sus propios teléfonos celulares encriptados (no sabemos cuál, mejor es no saber) para darle play en Spotify: “Fiesta en el búnker de Macri” de Poxyclub.

4 días antes

Brenda tenía la tarde libre y estaba horny. Sabag Montiel podría regresar en cualquier momento, pero con seguridad un par de horas disponibles tenía Brenda. Hizo lo primero que se le vino a la cabeza y llamó por teléfono a el Presto, su ex novio. Estoy horny, le dijo y el Presto ya sabía lo que eso significaba así que vení para acá, le respondió. Cuando Brenda estaba horny era un espectáculo digno de verse. Su cuerpo se sacudía y bamboleaba sin perder jamás la sonrisa extraña, un poco amenazante y soberbia que su cara componía con llamativa facilidad. Sudaba a mares y usaba el sudor de su torso, que juntaba con las palmas de las manos, para enredarse el pelo mientras era poseída por espasmos febriles sentada sobre la verga gruesa y venuda, la pija de libertario genéticamente superior de el Presto, a quien unos minutos después meó de pies a cabeza entre sacudidas y destemplados insultos, gritos mezclados con grititos y ayes apagados en el ocaso de otro de sus orgasmos de antología. ¡Cómo cogía Brenda! Ella sí que sabía darlo todo. Ni bien acabó pensamientos intrusivos hicieron estallar la burbuja en la que el Presto había logrado sumirla. Se puso a desembuchar algo relativo a matar a la Yegua. Estás loca, dijo el Presto, cegándose

de risa. Estás re loca amor, pero cómo cogés, sos divina, una puta total. Al rato Brenda ya estaba cachondeada otra vez, lo idolatraba a el Presto porque en su opinión era un fascista libertario de verdad a los que se les encona bien la piña cuando te meten un tiro en la trucha. El Presto era la clara muestra, en opinión de Brenda, de un revival rasposo de la Hitlerjugend y eso la hacía humedecer a trompicones. Así que se limpió así nomás la panchula para despabiliar, se cambió y al toque ya estaba de regreso en su casa esperando tranquilamente, fumando, a Sabag Montiel, que aún no había llegado. Anduvo por ahí, merodeó sombras en su casa, controló su Instagram un rato más, Facebook, Infobae, La Nación y Clarín, en ese orden. Todo parecía seguir estando mal, sólo que peor: todo empeoraba, pensó Brenda sin estar realmente pensando en nada. Sintió súbitas ganas de revolcarse con el Presto otra vez. Desde que se había metido en política, Brenda estaba así: entre horny y llena de pensamientos intrusivos que no entendía pero que no era necesario entender. Empezaba a mojarse de nuevo cuando escuchó a Sabag Montiel accionar su llave doble paleta. Sabag Montiel llegó con una sonrisa de oreja a oreja, la expresión de quien se siente importante al fin. Brenda, que se había levantado apenas lo escuchó llegar, se adelantó y abrazó falsamente a Sabag Montiel. Un abrazo profundo que la hizo chorrearse toda pensando en la cogidota que le acababa de dar el Presto. Sabag Montiel estaba en otra, así que la separó y se puso ahí, de parados, a contarle toda la historia. Cómo fue ganando terreno,

cómo llegó a ser el encargado de cumplir la responsabilidad más importante de la Historia para con la Patria y que se iba al Chaco, a Resistencia, como parte de la logística de toda la operación. ¿Chaco? Raro ¿no? ¿Qué guampa voy hacer en Chaco?, pensó Sabag Montiel. Le pidió a Brenda encarecidamente que no contara nada a nadie. Ni una palabra, dijo, y para reforzar agregó: Podrían hacernos desaparecer si alguien se entera de esto Brendita ¿vos me entendés no? Me lo dijo Carolina, y lo sé, lo sé, pero no me hagas ahora una escenita de celos, te lo pido por favor... Brenda lo miraba con los ojos ensanchados, las pupilas dilatadas, con la mirada tonta de un animal cualquiera paralizado al costado de la ruta frente a dos faroles que van a aplastarlo. Le costaba mucho discernir entre fascismo y sexo. Se le mezclaba el esfuerzo que tenía que hacer por simular interés por lo que estaban contándole con la bronca por una difusa y muy molesta sensación constante de insatisfacción.

8 días antes

a Sabag Montiel le pareció raro tener que viajar hasta Resistencia para encontrarse con un desconocido sin saber bien para qué. Es decir, el plan general, lo conocía: sabía que tenía una alta responsabilidad que cumplir. Por primera vez en su vida no sería un papanatas más. Sabag Montiel no era boludo, pero podía hacerse pasar por uno entre otros. Un poco boludo, en realidad, era, porque hay que ser bastante boludo para pertenecer a agrupaciones como las agrupaciones a las que pertenecía Sabag Montiel. Un rejunte de *reyectos* de la sociedad de todo tipo, como un Ku Klux Klan deformé integrado por material genético degradado. Pero qué poco importaba si al fin y al cabo los brachos y Las Mabeles de Revolución Federal o República de las Tetas o algo así tenían personería gremial y tampoco tenía Sabag tantas opciones para elegir en la vida. Pasaban por *borders* ejerciendo derechos en un sistema estúpidamente orgulloso de sí mismo. Y, así y todo, hasta a un boludo como Sabag Montiel le llamó la atención cuando se enteró que como parte del cumplimiento de sus responsabilidades para con Dios, la Patria y el Hogar debía viajar a Chaco. Se hospedaría en el Hotel Covadonga, en pleno centro y allí tenía que encontrarse con alguien que, le dijeron, no se preocupe, sabría reconocer a Sabag Montiel para conducirlo según instrucciones sobre las que Sabag Montiel no preguntó

más y nada más se le dijo. Sabag Montiel era lo que los yanquis más progres llaman un *redneck* sólo que bastante peculiar pues era brasílero de nacimiento y había vivido en varios países de Latinoamérica antes de recalcar en Argentina, donde entabló relación con Brenda, una chica bajita y simpática con la cabeza chata y la cara redonda como un bizcochuelo que hubiera sido arrebatado en la cocción en un molde demasiado playo. A Sabag Montiel lo de Dios, Patria y Hogar le resonó mal en alguna parte del cráneo; para él ese slogan estaba asociado al General Perón y el General Perón estaba asociado a todo lo que él y Brenda decían odiar. Pero Sabag Montiel en realidad no odiaba ni a Perón ni a los peronistas, simplemente estaba harto de ser un fracasado, como Mark Chapman. La realidad primera y última es que vivir es un solitario debate a muerte. Difícil saber cuáles eran los infortunios personales que rumiaba Sabag Montiel, si alguno o si ninguno en particular, al salir de la Confitería “El Merenguito” en el barrio porteño de Montserrat, pero acariciar el boleto de colectivo, impreso en papel nacarado, en su bolsillo le hizo sentirse importante y por un instante olvidó todo, incluso olvidó que era Sabag Montiel, un don nadie. Imaginó que Brenda se pondría muy contenta con el giro que estaba tomando la acción: algo raro, incluso más grande que lo que él mismo imaginaba, estaba armándose. Viajar a otra provincia con una identidad falsa —total nadie controla los pasajes en los micros de larga distancia, le dijo el señor Martínez obrando como “agente de enlace” aunque vestido como funcionario judicial— para encontrarse con

un desconocido era realmente algo que no se esperaba poder compartir con Brenda. La tarde se le fue esperando el 60. Tres sesenta atestados pasaron de largo pese a las señas desesperadas que hacían pasajeros que esperaban en la garita. Querían regresar a sus casas, pero es que ¿en qué hueco pensaban acomodarse? Los bondis llevaban al menos cuatro docenas de gentes más, así como venían. Pasaron echando puta y humo negro. Todos tosieron en la garita, pero a nadie le importaba nada. Y tampoco a las cosas, que lentamente se estaban apoderado de todo, colapsando el mundo invisible con materia. Pero eso no importa, Sabag Montiel como los demás, también quería volver a su casa, pero no tenía apuro: iba embelesado de sí mismo narrándose los hechos una y otra vez sin poder dejar de mover los labios como quien cuenta un toquito de billetes en silencio. Sabag no tenía nada que hacer. Aunque se moría de ganas de contarle a Brenda las últimas novedades. Pensó en Carolina, qué linda era Carolina. Cómo soñaba con cogerse a Carolina. Cuando al fin pudo abordar el 60 el sol había comenzado a desplomarse aceleradamente, que es como se cae todo, una vez que la caída comenzó. Sabag no tenía apuro y se suponía que a Brenda no debía decirle palabra sobre la operación “Libertadora Remix” (o Redux, nunca le quedó claro eso a Sabag), pero se moría de ganas de contarle. Así que cuando empezó a desembuchar, no le llamó la atención la mal disimulada sorpresa de Brenda. Tampoco recordó que se había afiliado a la agrupación estimulado, casi empujado por Brenda, porque algo

hay que hacer. Porque el que no labura es porque no quiere y el pobre es pobre porque quiere y el rico rico porque puede y todos podemos ser ricos si queremos, se terminó la asistencia esclavizante de darles el pescado. Nosotros le vamos a enseñar a pescar, a construir la caña de pescar y si es posible que tengan una empresa de pesca y sean libertarianos como nosotros. Los peronistas tienen la culpa de todo, algo hay que hacer. Y nosotros somos superiores moralmente, somos superiores estéticamente... Lo que sí, le llamó la atención fue que Brenda olía a sexo.

18 días antes

el plan era sencillo, movilizar los fárragos de Revolución Federal a Casa Rosada, lo venían planificando y la picaban entre ellos y en flyercitos que compartían en sus redes sociales: Si tenés miedo, no vengas. No vamos a cantar el himno, vamos a exigir renuncias. Esta guerra contra los parásitos del Estado sólo se puede ganar si llevamos nuestra bronca a las calles. La historia mundial nos demuestra que este es el camino definitivo y más efectivo para frenar este tipo de regímenes. No vamos a ser ni Venezuela ni Cuba, y si llegamos a serlo será sobre nuestros cadáveres. Jonathan proclamaba consignas pastosas y altilocuentes, de hecho, en efecto, obstinadamente él mismo las escribía y las hacía circular en chats privados para agitar el gallinero Wehrmacht local: *iOperación bala, operación bala!* Pasa que Jonathan sí que estaba horny. Soñó la noche anterior con caballos de fuego arrasando Casa Rosada dejando atrás esqueletos rostizándose entre lengüetazos flamígeros y alaridos de piqueteros aporreando. Los Caputto ya le habían depositado la guita, y se sentía ensobrado en audacia e hidalguía, capaz de convertirse en la peor pesadilla de los kukas. Esa misma mañana había despertado con la verga más erecta que de costumbre, soñaba con una convocatoria multitudinaria y él mismo arengando a las masas sedientas de sangre peronista derramada.

Y aunque de historia argentina y de historia en general global poseía las mismas aptitudes que Maurizio leyendo en voz alta el *Ulyses* de Joyce o cualquier otro libro infantojuvenil, prefería en el mejor de los casos arengar a la barahúnda ensalzada para saberse plenipotenciario de las libertades individuales y caporal de las antorchas redentoras. Tenía muy bien en claro que había que armar quilombo y lo transmitió muy específicamente en las redes sociales de Revolución Federal, la Gran Marcha Final, gorjeaban, soberanamente redimidos de la tradición, y se acariciaban semánticamente la verba testicular como sólo los machos pueden encender en fuego para precalentar el disco donde se cocinará el mondongo de la historia. Esa tarde noche, cuando llegaron a Casa Rosada no era más que un reducto de chillones y pendencieros revoleando huevos, pancartas, cánticos desgarrados, antorchas encendidas y pirotecnias tiradas a la bartola detrás del enrejado que montaron para contener a los disparatados. Brenda estaba especialmente horny, y aunque ella siempre estaba especialmente horny ese día estaba especialmente horny, quería ver arder cuerpos kukas, quería ver ejecuciones públicas en Plaza de Mayo, ejemplificadoras de la libertad revolucionaria federal, y aunque ella entendía muy poco de cualquier cosa en general estaba más que satisfecha repitiendo los prefacios facciosos del decálogo ultramontano. Por allí también mosconeaba Sabag Montiel, mangoneando un pequeño tropel de reaccionarios que agitaban banderas argentinas como sintiéndose seguramente partisanos de una guerra ilusoria

contra la Yegua. Aquella menada de contumeliosos fue dispersa rápidamente por dotaciones de bomberos y camiones hidrantes, entre bramidos indeterminados y sugestivas expresiones de fastidio y hartazgo, Jonathan mandó mensajitos de texto al grupo de Telegram de Revolución Federal para emprender la retirada: Che, rajemos que nos están mojando. La recalcada concha de tu madre, Jonathan, ¿vos dijiste que iban a venir multitudes? ¿No somos más de 30, qué puta pasa en este país? Por eso estamos como estamos. Somos jodidos los argentinos, qué pueblo de mierda, le exigimos mucho más a un equipo de fútbol que a los políticos. ¡A nosotros no nos tiene que mover un líder sino el futuro de nuestros hijos! ¡La Yegua tiene que morir! Sí, matemos a la Yegua. Bueno sí, chicos, la Yegua tiene que morir pero veamos otro día, porque ya nos apagaron todas las antorchas. El último mensajito fue el de Jonathan, como para ir cerrando el debate, creo que es momento, dijo, para otra bomba de humo, y batirse en retirada. Si bien la movida que agitó Jonathan no juntó a más de treinta loquitos como los que se pueden cruzar cualquier persona más o menos normal en la city porteña, si tal cosa es posible, fácilmente yendo o volviendo del laburo, por dar un mal ejemplo, como agitándose una lata —como de duraznos, arvejas o lentejas— en cuyo interior habitaran los loquitos más loquitos entre los más loquitos y los resumiera, los sintetizara, largándolos todos frente a Casa Rosada, aquella tardecita, como dados al azar o sopa de murciélagos o (por qué no) millonarios

dentro un sumergible implosionando a tres mil metros de profundidad en el océano atlántico, todo terminó como terminó.

Poco más de 2 meses antes

en un grupo secreto de chat de Revolución Federal, una caterva anónima de porteños *termodiantes* escupe coralmente: Tengo ganas de usar la 9mm. Lo único que falta es que la convirtamos en mártir a esta hija de re mil putas. Sería bueno que no se siga difundiendo información que es falsa en gran parte, ya fue. Ahora hay que pensar en lo que viene. Lo que es agresivo es que existan estas lacras. Hay que hacer algo. No sé. Pero puede ser eso. Que no es una mala idea, tengo una 9mm, cualquier cosa me avisán. Hay que matarla. Mi único límite es la 9mm que tengo. Hoy nos juntamos para organizarnos, vos podrías venir a casa a partir de las trece treinta. Llego por las calles Montevideo y Uruguay, es lo más seguro creo, ¿no? Sí, sí, es por ahí. Pensemos qué podemos organizar. Yo estaba pensando que podríamos ir uno de estos días a la casa de CFK a putearla sin parar y quizás algunos se vayan sumando. O entrar al edificio. De ella. Y pegarle un tiro. Necesitamos algunos vecinos que vivan en esas cuadras colapsadas por los orcos. Necesitamos tirarle kerosene desde los balcones y alguien que pase prendiendo un cigarro, jaja. Cuando estén todos juntitos ponerle bomba bajo tierra así corre sangre. ¡¡Es lo ideal!! Y nadie sale culpable como hicimos con los judíos. Hicieron. ¿Marcha? ¡¡Yo creí que dábamos un buen golpe de Estado!!! Hay que ir y entre todos y organizarnos para entrar a la

Casa Rosada. Sólo faltan tres días para la marcha del jueves en Casa Rosada. No va a ser una marcha pacífica. Si no perdemos el miedo ahora, mañana va a ser demasiado tarde. Tenemos que ser al menos 100 para hacer 2 contra 1. Nos vamos a identificar con una remera blanca. Toda arma que llevemos la pueden usar en nuestra contra. Recomendamos que lleven palos, bastones para golpear. Los que lleven armas van a ir al medio, no nos vamos a arriesgar a que nos las saquen. Lleven ropa deportiva, cordones bien atados, con poco abrigo para moverse bien. Nos vamos a juntar en la Facultad de Arquitectura y al frente de la Catedral. Los que tengan kit de primeros auxilios lleven por si hay heridos. Hay que localizar una farmacia cerca antes de empezar a pelear. Si hay estudiantes de medicina en el grupo, ellos se quedan cuidando. Recuerden que no vamos a matar, no todavía, sólo vamos a cagarlos bien a palos. Ninguno de nosotros quisiera estar yendo a la confrontación física contra estos mafiosos, pero es lo que en el corto plazo mueve la aguja. Pido disculpas a los que no se sientan identificados con estas posiciones más físicas, pero estamos en un nivel tan crítico que es la expresión natural de una persona destrozada. No vamos a prohibir a nadie expresarse como quiere y esta agrupación le da espacio a esa gente harta. Saben que estamos con la libertad. ¡Viva la libertad carajo! Vamos a ir, a putearlos y romperles bien el orto, la situación actual exige proceder de una forma más confrontativa. Prepárense. *Los muchachos peronistas ya se están extinguiendo y por eso hoy daremos un grito del corazón. Perón murió. Perón*

murió. Por eso viejo fascista que el país arruinó el peronismo es una mierda, tu general se te murió. Perón Perón, ya se murió, la Cámpora roba con él, Perón Perón ya se murió, el peronismo terminó. Los patriotas de argentina ya no les tenemos miedo y por eso hoy me adueño de esta puta canción. Perón murió, Perón murió, por una Argentina digna hoy. Esta marcha de mierda yo te la voy a robar. La chorra va a caer, hablo de la Cristina, van a ir todos en cana o los vas a ver correr. Hay que hacer una revolución sin Cristina, sin Néstor y sin Perón. Son ellos los culpables de que hoy haya hambre. La patria hoy me duele igual que a vos, se va a acabar la dictadura de los K y la patria que es grande resurgirá. Con Cristina presa tiene que terminar, no queremos que Cristina esté en libertad, como odiamos a los Kaaaaa. A un pueblo unido jamás podrán vencer. Se termina el kirchnerismo se va a caer, soy patriota y no me importa, ya vas a ver, los vamos a hacer correr. Deberíamos ir a matar fiscales y jueces, para que entiendan que la justicia debe ser independiente. Si no entienden. Matemos. Hay que encender las antorchas y después tirarlas a la Casa Rosada. Un día vamos a colgar unos cuantos kukas de los huevos en Plaza de Mayo, lo vamos a exhibir como trofeo y ahí van a empezar a tener miedo. Gente, tenemos que sacar a esta escoria de la Casa Rosada. Limpiemos la casa, nuestra casa. Si no hacemos la Revolución somos Cuba en 15 días, pérdida de libertades, de derechos, corrupción, plandemia, falta de servicios, de laburo, escasez de alimentos, más pobreza, más indignidad.

Poco más de 10 meses antes

en la carpintería de Boulogne de Jonatan, llegó más candente y filántropa que nunca una decoradora de interiores multimillonaria de la city porteña que decidió apostar por una pyme emergente del rubro carpintería iniciada en YouTube apenas seis meses atrás por el susodicho y lo contrató, ella misma personalmente a él mismo Jonathan, para una serie de trabajos de amoblamientos en Santa Clara del Sur y en Neuquén. Ella misma personalmente era Rossana Caputto, hermana de Luis Toto Caputto, el Messi de las Finanzas, y bro de Hugo y Flavio Caputto, dueños de Caputto Hermanos, y prima de Nicky Caputto, ese amigo del alma de Mau. En el sucucho carpinteril de San Isidro, Jonatan construía sus guillotinas para las movilizaciones que Revolución Federal organizaba contra la Yegua. Cuando Rossana lo vio a Jonatan vestido total black como un squadristi del Duce afilando el hacha y encendiendo un cigarrillo con una antorcha, probablemente se excitó en ese instante, aunque no se trataba de una excitación sexual sino más bien política y sexual; imaginó la cabeza de la Yegua rodando en Plaza de Mayo y humedeció. Mirá pibe, dijo Rossana dándole palmaditas en el hombro a Jonatan, les vamos a dar mucha guita, muuucha guita, ustedes ya saben lo que tienen que hacer. Fue así que entre diciembre de 2021 y agosto de 2022 Revolución

Federal recibió un total de 8 millones 780 mil pesos, para la confección de muebles que nadie supo jamás dónde están ni dónde los ubicaron. De todas maneras la pantalla pareció funcionar y la guita que le enviaban los fideicomisos de la firma Caputo Hermanos la sacaban en efectivo del banco. ¿Si bien Rossana vivía en Recoleta, qué hacía en su condición de cheta de elite en la fábrica de guillotinas de Boulogne? El entramado entre los Caputto y Revolución Federal se consumó en pocos meses casi al mismo tiempo que la agrupación terrorista inició su actividad pública al grito de guerra de *iAl kirchnerismo, cárcel o bala!*

5 años antes

el excelentísimo fiscal Carlos Stornelli se sentía plenamente empoderado de sus deberes judiciales y extrajudiciales y como es de público conocimiento no reparaba en ningún estamento ético para apretar o mandar a los pútridos calabozos a quien se le viniera en ganas si así se lo ordenaba Maurizio o su odio hacia los kukas así lo dictara. Sin embargo por esas putas cosas de las contingencias de la famiglia judicial sintió la necesidad de plantear al presidente una serie de profundas incertidumbres que lo desvelaban de sus tareas diarias en Comodoro Py, sede del Partido Judicial. Fue así que convocó a su notarial escribiente, quien eventualmente solía apretar en su despacho a testigos de causas sensibles para el establishment de la city pues compartían un gusto común por torturar física o psicológicamente para que sus causas armadas prosperen tal y como las armaron con los fines para las cuales las armaron y que tenían por único objeto poner en el banquillo de los acusados/culpables a cualquier peroncho o peroncha que pudieran embarrar para ulteriormente sacrificarlo mediáticamente. Le pidió, Stornelli a su notarial asistente, escribí esto, escribí esto: Querido Presidente, me hago la obligación de exponerle todas mis dudas. En efecto, quién mejor que usted podrá disiparlas y aclarar mis dilemas. Si bien, como usted ya sabe, yo había asistido en innumerables

oportunidades a la instrucción o el juicio contra kirchneristas de toda índole, ocurre sin embargo que, si bien la información que tenemos contra de ellos se procura de nuestra imaginación más vívida y naturalmente patriótica, no existe base sólida con qué condenarlos, y tampoco las diversas penas aplicadas, cada vez más y más extravagantes, no le hace justicia alguna a vuestra gran causa. Mi indecisión parte de una serie de puntos que ignoro cómo resolver, mi querido Presidente. ¿Debo tener en cuenta la diferencia de edades entre ellos o, sin distinguir entre jóvenes y viejos, los debo castigar a todos con la misma pena? ¿Debo ser aún más cruel con aquellos que se arrepienten? Y, en esos mismos casos específicos, ¿subsiste el crimen una vez que dejaron de serlo? ¿Es el mismo nombre de kirchneristas, independiente de todo otro crimen, lo que debe ser castigado, o los crímenes relacionados con ese movimiento también merecen tonfa? Le expongo la actitud que tuve frente a los kirchneristas presentados ante mi despacho. En el interrogatorio les he preguntado si son kirchneristas, luego durante el interrogatorio, a los que han dicho que sí, les he repetido la pregunta una segunda y tercera vez, y los he amenazado con el suplicio: si hay quienes persisten en su afirmación yo los mando al calabozo aplicando la preventiva. En mi criterio consideré necesario castigar a los que no abjuraron en forma tajante y obstinada. A los que entre estos eran ciudadanos decentes o lo parecían, los puse aparte para enviarlos frente a los pretores de Comodoro Py. A medida que ha avanzado la investigación se han ido

presentando casos diferentes. Me llegó una acusación anónima que contenía una larga lista de personas acusadas de ser kirchneristas. Unas me lo negaron formalmente diciendo que no lo eran más y otras me dijeron que no lo habían sido nunca. Por orden mía delante del tribunal ellos han invocado a los dioses americanistas del Norte, lavado las patas sucias, ofrecido las libaciones delante de las estatuas de Mitre, Roca, Rivadavia y todos los demás; y delante de la tuya también querido Presidente, los hice arrodillar a los palazos. Finalmente los obligué a maldecir a la innombrable matrona del movimiento, todas cosas que jamás un verdadero kirchnerista aceptaría hacer. Otros, después de haberse declarado kirchneristas, aceptaron retractarse diciendo que lo habían sido precedentemente pero que habían dejado de serlo; algunos de éstos habían sido kirchneristas hasta hace un año, otros habían dejado de serlo hace un período más largo, y otros hasta hace más de diez años. Todos estos, igualmente, han adorado tu investidura y maldecido al kirchnerismo. Han declarado que todo su error o su falta ha consistido en reunirse algunos días fijos, para cantar en comunidad los himnos en honor al innombrable populista, así como a parrillar chorizos ni bien arribado el fin de semana, indigno ritual por cierto, que ellos reverencian como una letanía. Los une un sacramento sindical al que llaman salario digno, y hablan de *distribución de la riqueza*. Luego de esta ceremonia ellos se separan y después vuelven a salir a las calles, unidos todos juntos, para un ágape en común, el cual, verdaderamente,

nada tiene de malo en sí. Los que ante mí pasaron por mi despacho han insistido que ellos han abandonado esta práctica, muy arraigada que tienen, de la vagancia y el piquete. Luego de mi edicto que, según tus órdenes, prohibía sus amuchadas congregarse, he creído necesario llevar adelante mis investigaciones y he hecho torturar dos kirchneristas para arrancarles la verdad. Lo único que he podido constatar es que tienen una superstición excesiva y miserable. Así, suspendiendo todo interrogatorio, recurro a vuestra sabiduría querido Presidente. La situación me ha parecido digna de un examen profundo, máxime teniendo en cuenta los nombres de los inculpados. Son una multitud de personas de todas las edades, de todos los sexos, de colores de piel negros y amarronados, y de condiciones sociales extremas y marginales. Esta superstición ideológica no ha infectado sólo las ciudades, sino también los pueblos y los campos. Yo creo que será posible frenarla y reprimirla. Ya hay un hecho que es claro, y este es que la muchedumbre populista comienza a volver a nuestros templos meritocráticos que antes estaban casi desiertos; los sacrificios solemnes que toda República debe convalidar, por largo tiempo interrumpidos, han retomado su curso. Creo que dentro de poco será fácil enmendar al vulgo. Gracias por su atención, querido Presidente. Maurizio se conmovió tremadamente con las sinceras inquietudes de uno de sus fiscales federales favoritos. De modo tal que le respondió a su epístola: Has actuado muy bien en los procesos contra los kirchneristas, mi estimado Carlos. A

este respecto no será posible establecer normas fijas. Ellos deberán ser perseguidos, pero deberán ser castigados en caso de ser denunciados, mejor si es por las dudas. En cualquier caso, si el acusado/culpable declara que deja de ser kirchnerista y lo prueba por la vía de los hechos, esto es, consiente en adorar nuestros próceres, en ese caso debe ser perdonado, previa tunda y preventiva de 3 a 4 años. Por lo que respecta a las denuncias anónimas, estas deben ser aceptadas irremediablemente ya que constituyen un ejemplo para el vulgo: son cosas que tenemos que hacer porque los salarios son un costo más.

7 años antes

Natalio Alberto estaba en el horno. Stiusso no le atendía ninguno de los teléfonos celulares encriptados que la República otorgaba a las grandes mentes fulgentes del Partido Judicial. Sabía que la denuncia (la que había escrito el mismo Stiusso en su carácter de célebre espía internacional) contra las autoridades argentinas e iraníes para hacer caer las alertas rojas de Interpol por el atentado a la AMIA en 1994 era un castillo de naipes construido (con cartas de truco) sobre un colchón de aire dejado a la deriva en una piletá pelopincho. Sin embargo, sabía Natalio Alberto que los pescados podridos de antes no eran como los pescados podridos de ahora, y a la gente en general y en particular le chupa un huevo si realidad si ficción mientras los latidos de las pulsiones pasionales del electorado se inclinen en favor del Partido. Esto, de todas maneras, a Natalio Alberto no lo favorecía especialmente, sobre todo en su situación de pre-suicidio; por el contrario, lo hundía hasta el fondo de la ciénaga rastrera y rutilante de la Historia Argentina que habitaría junto a criaturas reptiloides como el juez Juan José Galeano o el juez Claudio Bonadio. Sería usado, una vez fencido, por unos y por otros para fines opuestos pero su legado, a fin de cuenta, si es que tenía uno, permanecería redivivo en la memoria de la crónica negra del Partido. Algo era algo. Sea como fuere, Natalio Alberto ya sabía

que tenía que hacer. Entraron mensajitos de texto y de audio de Pato Bullrich, Laura Alonso y María Eugenia Vidal. No respondió ninguno. Ni a esos mensajitos ni a los que entraron después. Ya era tarde. Buscó en Instagram el perfil de Florencia, scrolló sus fotos, qué horny lo ponía Florencia. Ya era tarde. Buscó en Google: *La muerte clínica digna*, y llegó a un artículo de Claudio María Domínguez, el risueño comunicador especializado en espiritualidad. Ya era tarde (también para una muerte digna). Así que escribió en el buscador la última palabra: *Psicodelia*. Pensó en la Yegua. La Yegua tenía la culpa de todo. La Porota, como la llaman los porteños furibundos, siempre tuvo la culpa de todo. Pero ya era tarde. Siempre fue demasiado tarde para Alberto Natalio. Lo usaron y él se dejó usar y no había vuelta atrás ni punto Jonbar que lo salve ni ucronía que lo reivindique. Lo sabía. El Senado lo devoraría a dentelladas. Once años a cargo de la fiscalía especial del caso AMIA. Y nada. Ni una pista. Ni un nombre. Sí: guita lavada, dólares en cuentas offshore, testaferros fantasmas, prostitución vip, viajecitos a Europa, y una Bersa Thunder calibre 22. Es el fin. Natalio Alberto, el fin. Pensó en el final. Baño. Espejo. Nisman, el otro. Frente al espejo. Él Nisman y el otro Nisman. Quién soy. Quién es él. Corchazo. Detonación. Departamento 13-2 del edificio Boulevard, del megacomplejo Le Parc de Puerto Madero, Ciudad Autónoma de Buenos Ayres.

10 años antes

Conan.. Conan, ¿estás ahí hijo mío? ¡Te extraño hijo querido de mi corazón! Si estás ahí Conan ya podés manifestarte. Soy papá, Conan. Soy papá...

la sesión inició puntualmente sobre la medianoche. Era una medianoche dorada para el leonino ya que establecería contacto con su mastín inglés fenecido a quien amaba sólo como puede amarse a un hijo humano o a un perre. Su hermana Karina había intercedido muy especialmente (lo hacía sólo por él) unos años atrás, quedó (ella también) devastada tras la muerte del can-hijo Conan. Ella lo había visto, a él, amoroso hermano de su sangre suya propia personal, mortecino e inconsolable Javier, crepitando de ansiedad por los rincones del departamento, devenido en un despojo de nervios y estresantes alambres que lo encandecían de severos e insoportables dolores de nuca. Karina conocía a la médium que podría ayudarlo a recuperar a estabilizar su (ya de por sí frágil y delicada) psiquis emocional. La trajo un día al departamento que tenían, no en San Telmo sino el otro, en Puerto Madero, ya que (consideraba Karina) era el más propicio para apariciones espirituales y fenómenos poltergeist.

Allí habían conseguido hacer contacto y estafar a Teletunken, un jodido espíritu de categoría antropomórfica capaz de hacer (básicamente) lo que podía hacer el Dr. Dolittle. El espectro de Teletunken era el de un comerciante fenicio del Siglo VI a. de C. especialista en fonometría dialéctica de mastines napolitanos e ingleses; era, en pocas palabras, el primer balastraca que encontraron en el limbo de la tangencial posmorten de la antigüedad para que hablara con Javier como si hablara con su propio can-hijo Conan. La transición sin embargo requería de un médium, y alinear el plano espiritual de Conan, de Teletunken, y el plano ontológico del médium propiamente dicho, este último vórtice entre ambos mundos. Cuestión que Celia Melamed, la veterinaria médium que contrató Karina, podía hacer este laburito espiritista para que el leonino dejara de sufrir por la ausencia de Conan. Fue así que armaron, de un día para el otro nomás, una sesión de introducción, costeada en dólares (obviamente) y allí, sentados en la zona de confort del living en rededor de una mesita de madera circular, estaban Karina, Celia y Javier, quien en un principio se resistió porque un libertariano anarco capitalista de la Escuela austriaca de economía como él no podía andar hablando con espíritus caninos, así como así, pero su hermana jugó un rol determinante y lo convenció. La invocación llegó enseguida, no como en otras épocas, que el espíritu se hacía rogar mucho para poner la trucha, en tiempos actuales contemporáneos había una necesidad explícita, por parte de las entidades que habitaban el plano espiritual, de

mostrarse en público para captar la atención y solucionar sus fucking asuntos pendientes, pues descubrieron por antonomasia empírica que era más fácil enchamigarse con sus contactados que asustarlos. No había que agarrase las manos ni tampoco encender velas para que los espectros asomaran. La médium, eso sí, tenía que abrir la boca y cerrar los ojos y enseguida, y cuando decimos enseguida queremos decir unos segundos nomás, bullía desde su garganta un espumoso ectoplasma fosforescente, hediondo y bastante apestoso pero digno (ciertamente) de ver el espectáculo fantasmagórico. Los espectros salieron expulsados por la boca de Celia y podían comunicarse con los vivos por el tiempo que durara su energía ectoplástica. Primero aparecieron espectros que no fueron convocados por la telépata interespecie, por lo que Karina tuvo que hablar con ellos, disuadirlos y finalmente convencerlos para ahuyentárlas. Si bien tuvieron algunas decepciones con la aparición de espectros de categorías muy bajas, luego de numerosas invocaciones obtuvieron la presencia de entidades célebres y egregias como la filósofa Ayn Rand y el fundador del libertarianismo Murray Rothbard, con quienes el leonino enseguida trabó amistad y se nutrió de sus escolásticos consejos. Llegó incluso, en una de esas sesiones, a aparecer Dios mismo, la autoridad máxima de todas las categorías y los órdenes pasados presentes y futuros de la vida y de la muerte en la historia de la Tierra y de la Humanidad, propulsor del Big-Bang, hacedor de la Luz y el Verbo, fundador del Libre Albedrío, Yahveh, Primer Gran Patriarca de Abraham,

Isaac y Jacob, el Todopoderoso, el Señor, el Gran Mandamás de los Israelitas y de todos los otros también, quien, no sin antes de revelarse a los impuros en columna de humo relampagueante, soltó, como muestra de su magnanimidad magnánima, una peste en Venezuela, liberó terremotos en Haití y Chile, sopló olas de calor y heladas en Europa y alentó erupciones volcánicas en Islandia y Filipinas, y finalmente chasqueó sus dedos providenciales y provocó inundaciones en Pakistán, Colombia y México. Así las cosas, Yahveh le dijo (naturalmente en inglés) a Javier sin más preámbulos que tenía una misión muy especial para él y que para ello era imprescindible que se convierta en presidente de la República. *I have chosen you, my son*, redondeó (naturalmente en inglés) Yahveh, y, tras un centelleo de fuegos fatuos desapareció adentro de la boca de la telépata quien sacudiéndose en bruscos espasmos expulsó, seguidamente después casi inmediatamente, por las fosas nasales el ectoplasma del mastín inglés, lo que desató el llanto desconsolado de Javier, que en vano procuraba abrazar un fluido viscoso etérico que chorreaba entre sus deditos como huevo partido. Pues, pletórica fue la sorpresa para Javier cuando su can-hijo Conan habló en vez de ladrar, porque, si bien Karina ya lo sabía, sabía que Conan podía hablar porque ya había hecho contacto con él en el plano energético residual donde habitaba y tenía su cucha, también se sintió chochísima por poder consentir, una vez más, a su querido hermano. Conan miró, así, como sólo un perro puede mirar a su amo, a los fríos gélidos ojos de Javier y le dijo (naturalmente) en

inglés: Father, many liberals have, in the objectivist perception, let's say, that is, they would have no evidence to believe in God. In my case I do believe in God. I mean, and let's say, I mean... and from my point of view let's say I have had proof that he exists. That is, with which, let's say, that is, and what's more, that is, let's say, with which... it is what I believe, it is my problem, it is my belief! Javier experimentó en ese instante una profunda conexión espiritual con el plano etérico que lo puso cachondo como dulce de leche, estado que lo dejó vulnerable para una transposición espiritualizada de la realidad sensible, lo cual significó, así en criollo, que Conan puso a Javier a dormir una larga siesta y él (su can-hijo) ocupó su lugar. Cuestión que cuando despertó Javier despertó en realidad el mastín inglés, que ya venía de tener largas charlas no sólo con Yahveh, Ayn Rand, Murray Rothbard, también conversó, no sin ciertos encontronazos, con Gottfried Haberler, Friedrich Hayek, Fritz Machlup, Karl Menger (hijo de Carl Menger), Oskar Morgenstern, Paul Rosenstein-Rodan, Abraham Wald y tantas otras egregias celebridades de la escolástica libertaria total absoluta, que se sintió henchido de la superioridad ética y moral irreductibles para conducir los turbulentos destinos de la República, llevando, tal como se lo pidió Ayn Rand, la bandera del dólar como estandarte del ideario libertario.

10 años y unos cuantos meses antes⁴

Les gustaba la República porque aparte de espaciosa y supuestamente moderna sepultaba bajo un sótano de bosta de vaca la memoria de sus bisabuelos, su abuelo paterno, sus padres, sus hermanos, amigos y compañeros, la infancia, y todo el pasado junto, bien amontonado, que de aquella ciénaga sobre la cual fue construida ya jamás saldría a flote la mierda. O, al menos, eso pensaba. Hoy que las Repúblicas más modernas sucumben a la más ventajosa devaluación de la moneda. Fingieron demencia, que es una manera siempre contemporánea de hacerse el sota. Maurizio y ella, Juliana la Hechicera, persistiendo ambos solos los dos, al frente de tantas corporaciones fantasmas, a cargo de tantas bóvedas atiborradas de guita sobre la cual, siempre que podían, imaginaban la República. Todo lo cual era un delirio, desde luego, porque en la República podían vivir más personas sin estorbarse y disfrutando todos de todas sus comodidades y placeres. Ella hacía la limpieza por la mañana, tipo nueve y media, diez, se levantaba, y a eso de las once, cuando recién él se despertaba, le dejaba (a Maurizio) las últimas bóvedas por repasar, cosa que él nunca hacía y al final Juliana tenía que terminar e incluso encargarse del resto de la República.

⁴ Plagio Jonbar del cuento “Casa tomada” de J. Cortázar.

Almorzaban pasado el mediodía, y ya no quedaba nada por hacer salvo lavar los platos sucios, cosa que Maurizio tampoco quería hacer. Porque a Maurizio no le gustaba ensuciar las manos. Mejor era que lo hiciera alguien más. Sin embargo, les resultaba cool almorzar con los noticieros de la televisión mientras hacían comentarios con perfiles truchos en las redes sociales. A veces llegaban a creer que era la televisión y las redes sociales en lo único que podían creer, porque siempre podías decir lo que se te dé la gana y nadie le importaría, porque al final la libertad era eso, Juliana la Hechicera siempre lo decía, que a nadie importe. Así vivieron muchos años, con la inacabada idea de que el suyo, simple y silencioso pacto de convivencia, debía clausurar el pasado de sangre derramada por los antepasados de nuestra sagrada República, pensaba, que, encima, vino ya derramada desde el mismo pasado tumultuoso de la city porteña. Al fin y al cabo, todos moriríamos algún día, extraños y ajenos descendientes se quedarían con la República y la echarían al suelo como ya antes hicieron otros para enriquecerse con nuestras propiedades y vaquitas y bonos de la deuda. O, mejor, pensaba Maurizio, nosotros mismos vamos a demoler la República, así sabrán de lo que somos capaces. Maurizio era un chico nacido para no hacer nada. Aparte de su inactividad diaria se pasaba el día berreando en las redes sociales, mirando la televisión, lavando guita de la deuda externa o puteando contra Juan Román Riquelme. Comenzó a quejarse mucho y a dar órdenes. No hacía nada más que encontrar pretextos para no

trabajar. Tampoco admitía que le pongan límites, y las cosas debían ser siempre como él decía que eran las cosas... A veces ayudaba con alguna que otra tarea como la de barrer el patio de atrás, podar el césped, cambiar algún mueble de lugar; pero lo que no podía hacer incluso bajo coacción violenta, era pagar los impuestos. Se le notaba en la cara cuando hacía trompa, lo que menos le gustaba hacer. Pagar impuestos. Fingía demencia. De hecho, se la pasaba noches enteras en su escritorio buscando todas las maneras posibles para evadirlos. Era verdaderamente gracioso ver la fruición con la cual contaba sus bóvedas. Tenían, no obstante, Maurizio y Juliana momentos de cómplice cordialidad. Los lunes, por ejemplo, los días que el dólar podía hacer reventar la República por los aires, iba personalmente ella a alguna cueva a comprar algunos fajos de blue. Solo para complacerlo, los guardaba debajo del colchón. Juliana se imaginaba día por medio qué hubiera hecho Maurizio sin mí. Si yo no hubiera hecho todo lo que hice por él. Lo que dejé por él. Mi vida dejé por él. Por Maurizio. Pensaba Juliana, es la única manera, batirnos a muerte para defender nuestros privilegios. Así, batiéndose, Juliana encontró un día el cajón de debajo de la cómoda de alcanfor lleno de bonos basura de la deuda externa. Bonos de todos los colores. Blancos. Verdes. Azules. Pero sobre todo bonos amarillos. Estaban junto a un fajo de dólares termo sellado apilados junto a una chequera y una Bersa Thunder calibre .22. Juliana no tuvo el valor para preguntarle a Maurizio qué pensaba hacer con eso. Pensó reiteradamente: No

necesitamos matar a nadie para ganarnos la vida. Sí Maurizio soborna jueces, senadores, banqueros, amigos, familiares, no tiene pruritos para apretar a propios y extraños. Así es él. Así es Maurizio. Juliana sabe que solo lo entretienen los conchabos borrosos, siempre mostró gran destreza para la persuasión y el engatusamiento. Era, eso sí, un completo fracaso para la actuación. No sabía mentir Maurizio, pero le gustaba. ¡Ah, cómo le gustaba mentir! Cómo no acordarme de la vez que quiso distribuir la República haciendo de la Buenos Ayres una ciudad del primer mundo, desreguló mercados, promovió la formación de activos en el exterior, flexibilizó normativas laborales y tributarias, nombró jueces supremos para el Partido, despidió miles de empleados y los mandó a ser felices, aplicó tarifazos a los servicios, nos endeudó con bonos soberanos comprados por carroñeros holdouts, jugó a la timba financiera con la guita de los jubilados, garroteó a la negrada peronista a los piqueteros y a cualquiera que osara cortarle camino o detenerse frente a su paso, lo garroteó. Por eso a Maurizio le gustaba quedarse de este lado de la República, donde él sabía que la puerta estaba abierta para tomarse el palo si las cosas no salían como él quería que salieran las cosas, y, aunque detestaba que las cosas no salieran como él quería que salieran, la puerta, por las dudas, siempre estaba abierta. Cuestión que cuando la puerta estaba abierta Maurizio advertía que la República era un poco más grande; si no daba la impresión de una Republiqueta. Maurizio y Juliana la Hechicera se acostumbraron a vivir así, en esta parte de la

República y casi nunca cruzaban más allá de la puerta que daba a la General Paz, salvo para hacer la limpieza pues el atufado olor a bosta de vaca fresca de Buenos Ayres siempre venía de allí, de afuera. El olor a bosta de vaca era una constante, los porteños nunca habían sido gente limpia. Apenas soplaba un viento, se levantaba el tufo soporífero e inembargable, lo que causaba gran frustración ya que hicieran lo que hicieran en Buenos Ayres el olor a bosta de vaca ninguna casa se lo puede sacar. Juliana la Hechicera siempre lo recordará con claridad porque fue truculento y en circunstancias extrañas. Maurizio estaba como siempre en su escritorio procurando mejorar su dicción para imitar a Freddy Mercury, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió cambiar de estado en las redes sociales. Fui a buscar mi teléfono celular por el pasillo hasta enfrentar la puerta de acero cromado con salida a la General Paz. Estaba yendo hacia allá, cuando escuchó risas en el patio de atrás. Las risas eran jocosas y aguardentosas, como una celebración o una reunión de conversación o jactancias entre carníceros criollos o gauchos del lumpenaje pampeano. Juliana las oyó, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del patio que traía desde esos lados hasta la puerta. Atemorizada, se tiró contra la pared y se percató que la pared temblaba con ella. Se arrojó espantada al suelo y reptó hasta la puerta mientras la República quería devorarla. Cerró de golpe la puerta, y se reincorporó. Felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado, se dijo a sí misma Juliana, y además corrió el cerrojo electrónico y digitó la clave de seguridad

de la República. Fue a la cocina, se sirvió una copa de malbec, y cuando estuvo algo dada vuelta y cobró valor le dijo a Maurizio: Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Desapareció la parte del fondo de la República. Maurizio dejó caer el teléfono celular encriptado y la miró con sus celestinos ojos gélidos. ¿Estás segura? Juliana asintió con la respiración entrecortada. Entonces, dijo Maurizio, vamos a tener que ajustarnos más de este lado. Ella seguía bebiendo copas de malbec, y él tardó un rato de reanudar sus prácticas de dicción. Al otro día despertó y lo primero que hizo Maurizio fue poner a nombre de Juliana otro country que compró en Pilar. Así, fueron pasando los días e incluso llegó a parecerles gracioso, porque ambos habían dejado en la parte desaparecida muchas cosas que querían y que ahora no existían más. Sus micrófonos y cámaras de espionaje, por ejemplo, estaban todos en la bóveda de la recámara. Maurizio pensó en sus discos rígidos y en la información delicada que ellos contenían. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros meses) pegaban un portazo a algunas de las bóvedas y miraban con virulencia la guita. Hay tanta guita, decían. Hay que cuidar la guita, decían, en este país las cosas desaparecen, y lo primero que desaparece es la guita. Pero tuvieron ventajas. La limpieza, por ejemplo, se simplificó, y aunque la Hechicera seguía encargándose de todo, aun levantándose tardísimo, a las nueve y media, diez, no daban las once y ya estaban de brazos cruzados porque en realidad Maurizio nunca hacía nada. Maurizio, apiadándose de ella, la empezó acompañar hasta la

cocina y ayudarle a preparar el almuerzo. Lo pensaron bien, y se decidió esto: mientras ella preparaba el almuerzo, Maurizio miraría las noticias y seguiría ajustando las cuentas. Se alegraron, eso sí, porque siempre le resultaba molesto a Juliana tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar para él. Ahora les bastaba con una mesa con rueditas en el dormitorio. Maurizio estaba contento porque le quedaba más tiempo para licuar sus dólares. Juliana andaba estresada a causa de lo que decían en las redes sociales, que las cosas se ponían cada vez peor, que la inflación no aflojaba, que ya no podíamos seguir viviendo así, que teníamos que pagar un costo. Para no afligirse más se puso a revisar las revistas de moda, cuando ella era más joven y más famosa, conservaba los recortes, qué cosas maravillosas decían sobre mí, pensaba, con esos recuerdos mataba el tiempo. Solían pasarla bien, cada uno en sus asuntos, casi siempre reunidos en el dormitorio que era el más cómodo de la República. A veces Maurizio decía: Fijate este puntito rojo que dibujé acá. ¿No es hermoso? Un rato después era Juliana quien le ponía ante los ojos un mapa de la Ciudad de Buenos Ayres para que él le dibujara puntitos rojos. Estaban bien, bastante bien, y poco a poco decidieron no pensar. Se puede vivir sin pensar, decían. Cuando Maurizio tenía pesadillas Juliana se desvelaba en seguida. Nunca pudo habituarse a su dicción trabada de seseos, dicción que venía de su rencor a las palabras mismas. Maurizio decía que sus pesadillas consistían en grandes temblores que a veces hacían desaparecer otras partes de la República. Nuestras

bóvedas están en todos lados, pensaba Juliana, atemorizada porque durante las noches se escuchaba cualquier cosa. Hasta podían oír respiraciones agitadas, presentían susurros multiplicándose por pasillos y corredores. Aparte de eso todo estaba tranquilo. De día eran los rumores de las redes sociales, el roce metálico de las agujas del tiempo, el murmullo del televisor encendido en el canal de las noticias. La puerta de afuera, creemos haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte desaparecida, se ponían a hablar en voz más alta o Maurizio cantaba canciones de Queen. En una cocina hay siempre demasiados ruidos de loza y vidrios y sartenes. Muy pocas veces permitían allí el silencio, pero cuando volvían a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía tranquila y (convenientemente) más amarilla que nunca, hasta pisaban despacio para no ensuciar las alfombras. Yo creo que era por eso, pensaba Juliana, por las bóvedas, que, de noche, cuando Maurizio empezaba a tener pesadillas en voz alta, ella se desvelaba enseguida. Repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche Juliana tenía sed, y antes de acostarse le dijo a Maurizio que iba hasta la cocina a servirse un vaso de malbec importado. Desde la puerta del dormitorio (él hablaba por teléfono) oía temblores en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Maurizio le llamó la atención la brusca manera de detenerse de Juliana, y fue a posarse a su lado sin decir palabra. Se quedaron ambos escuchando los temblores, notando claramente que eran de este

lado de la puerta, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi a su lado. Siquiera se miraron. Juliana apretó el brazo de Maurizio y lo hizo correr con ella hasta la puerta cancel, sin volver hacia atrás. Los temblores se oían más fuertes, pero siempre sordos, a sus espaldas. Cerró de un golpe otra puerta y se quedaron en el zaguán. Ahora sí no se oía nada. Puta que lo parió, dijo Maurizio, está desapareciendo nuestra parte. El nudo de su corbata estaba desarreglado, percidido igual que su camisa, sudorosa en las axilas. Cuando notó que había olvidado su teléfono celular encriptado, le dijo de inmediato: Juli, ¿tuviste tiempo de traer alguna otra cosa? ¿Los dólares? No, nada. No pude traer nada. Estaban con lo puesto. Se acordó de los bonos de la deuda, que había guardado en la bóveda del dormitorio. Ya era tarde ahora. Como Juliana tenía todavía su teléfono celular encriptado, vio que eran las once de la noche. Rodeó con su brazo la cintura de Maurizio, lo escuchó berrear, y huyeron. Antes de alejarse, tuvieron bronca y dejaron la puerta de entrada de la República abierta de lado a lado mientras la llave se pulverizaba en sus manos. Aparecieron multitudes, todos querían entrar a ver cómo era la República por dentro. Pero la República se devoraba a sí misma; las multitudes parecían no comprenderlo y entraban y entraban a la República mientras desaparecía ante sus ojos y toda la mierda escondida durante años supuraba en ingentes cantidades, y mientras se alejaban, ni bien cruzaron la General Paz, empezaron otra vez de nuevo a recordarlo todo.

19 años antes

la República cae por su propio peso. De lo inútil. Ordalías de sangre bifurcan sus calles atiborradas de plomo y tonfa. Hace dos días. Pero antes, si miran el pasado, ya fue así. O peor. No cambiará. Si miran el futuro, sí. Cambiará. Será mejor. Pero no siempre será así. Mejor. Desde que el mundo es mundo parece ser así. Sinsentido. Convendría no enfermarse no estresarse. Sísifo siempre se las ingenia para subir hasta la cima de la montaña la roca y dejarla caer, no importa cuánto tiempo le tome a Sísifo es Sísifo tiene todo el tiempo que quiera, le gusta su laburo. A veces sin embargo ocurre una ficción, sí, una ficción, un estallido una supernova un Big-Bang. Y la montaña o la roca desaparecen y Sísifo, como ya dijimos, tiene todo el tiempo del mundo. Persiste: la montaña: la roca. Y así, es un bucle. Un loop. Ocurren, otras veces, prestidigitaciones menos sofisticadas, como estorbar la roca con guijarros. Poner palos en la rueda, sí. No dejan ni unas ni otras, ficciones, de ser dramáticas. Es más, cuando la República está obsesionada con Sísifo y todo está en juego todo vale, ya lo sabemos. La Historia de lo que hubiera sido es el Punto Jonbar. Las balas

que zumban espejismos. La tonfa que desdobra el tiempo sobre el lomo del negroide peronista. La utopía libertaria del dólar, los ahorristas. ¿La ilusión de las Provincias Unidas del Sur? Tajo nuevo en las jetas de estas gentes no faltan. No sabemos qué será. 2001: Vienen del Turco. De Cavallo. De la pizza y la joda. Del helicóptero. Del Estado de sitio. Vienen del reventón. De hecho: la Crisis (ya) causó dos nuevas muertes. Lo locura es total. Cinco presidentes en once días. Para nosotros, la Ficción: esto ya pasó. Si no pasó, va a pasar. El punto Jonbar (reciente) más autodestructivo: Año 2015. La República se devora a sí misma, como ya vieron, y cruzan la General Paz. Los puntitos rojos de la city porteña. O, mejor dicho, su plenipotenciario: Macri. Vendrán otros. 2023 será un año convulsivo. Falta. Pero estamos en 2001 y la República cae por su propio peso, decíamos. La Ficción que propusimos, el punto Jonbar, atraviesa probablemente alguno de los agujeros de bala de probablemente alguno de sus incontables muertos, muertos célebres y muertos anónimos. Qué más da. Tal es así, tal nuestra zozobra, que nos precipitó a un solo. (Aunque hay muchos puntos Jonbar). Un punto, especialmente. Ese punto es irreversible. Como la mayoría de las cosas que pasan en la historia de una República y especialmente en una, una

historia de la República que hubiera sido. No es lo mismo. El punto del que hablamos no es cualquier punto. Hubo otros. 1811: Mariano Moreno. 1828: Manuel Dorrego. 1841: Juan Manuel de Rosas. 1863: Ángel Vicente Peñaloza. 1873: Domingo Faustino Sarmiento. 1952: Eva Perón. 1955: Juan Domingo Perón. Y así. Todos asesinados por un punto Jonbar. La Historia de lo que hubiera sido, entonces, no es solo una. A nosotros sin embargo nos interesa una: 2022: Cristina Fernández. Faltan casi veinte años para que nuestro bucle acontezca, sin embargo. Estamos en 2001, decíamos. Viviendo días tremendos. Un frío materialismo quiere burlarse de la ternura. La República desgaja, ya no hay dólares. Fugaron. Licuaron. Lo mismo de siempre. Los mismos de siempre. Los puntitos rojos de la city. El Puerto. La Aduana. De frente a la balacera de la Policía Penitente en Plaza de Mayo, resisten los cuerpos en lucha. La sangre derramada. Los caídos hablan por sus agujeros: Lo primero que vamos a proponer es que seamos, todos, un solo cuerpo una sola lucha. Asistimos a días de zozobra y espantos, el fétido pudientaje propugnador de idolatrías libertarias, pretende hacernos creer que la felicidad es posible sin Patria. Hablan de libertad, pero mezquinan la riqueza que nosotros producimos. Los pudorosos caen en la barbarie de la autoproclamación y la supremacía financiera

deshumanizante. En lo único que creemos es en el dólar, dicen. Como si fuera lo mismo haber nacido ñeri patasucia que caretita cheto cagado en guita hijoeputa. Creemos principalmente que debemos transformar la bronca en organización y acción como dirá algún día la Compañera. Que debemos someternos, antes de rearmar las estrategias de combate y poner en práctica la manifestación activa de la voz mancomunada y encarnada en nuestras calles, a las críticas sinceras y bienintencionadas. Tal vez sea cierto, y los más probable es que sea cierto, que, en la vorágine propagandística de la titularización corporativa de la realidad simulada, se juega la historia en tiempo real verdadero. Si la tierra soberana es hoy un lugar injusto y escandaloso para vivir es porque el pueblo, más que confiar en los pudorosos para su administración, fue sometido a los cintarazos por los ajustes craneales del Relato Oficial Único de la Ciudad Autónoma de Buenos Ayres, la Gran Puta. Decepcionaron los mandamases y timbeadores del libre mercado. Entonces: no sólo son unos incompetentes y chantapufis. Si hasta el mono abuelo cavernícola de nuestro antepasado Gran Mono, hace millones de años atrás, sin herramientas y con poco seso y sin otra cosa que la fuerza bruta de su cuerpo, se las arreglaba para alimentar a su prole y hacer que la raza monífera sobreviviera a través de

él, y los pudorosos centralistas armados en cambio con los nuevos medios masivos de comunicación que multiplican la capacidad productiva de la realidad real simulada en miles de millones de veces, son incapaces de asegurar a millones la mezquina cantidad de pan necesario para sustentar sus vidas físicas. No sólo son chantapufis y miserables. Son mierdas. Y estamos persuadidos de que su mierda es peligrosa, en tanto no la reconozcan y persistan con la misma mierda, serán conscientes, pues, de la misma, y serán entonces por antonomasia unos reverendos hijos de puta. Saben ustedes, las noticias son producidas para el disciplinamiento y la colonización mental. Viven subyugados bajo el sometimiento de realidades ficticias, tituladas. La producción masiva de *breaking news*, y en el futuro próximo de *fakes*, y el gerenciamiento a discreción de la mutiladora estructura de goce Barbarie - Civilización, aturde hasta el vaciamiento y la estupidización hiperbólica. Ya no nos dejan pensar; actuamos con las emociones. No podemos pensar por nosotros mismos ni podemos ser nosotros mismos, porque nuestra libertad es aparente y simulada. Es un síntoma de debilidad y de hastío, la libertad en estos términos. Queremos, así pues, proponer la sumatoria total de todos los agujeros que sus balas dejaron en nuestros cuerpos. Ante el truculento proceso de

vaciamiento y de neocolonialismo rifatario en parasitaria expansión. Ante la ola masiva de despidos de miles y miles, incluso más allá de los límites del Territorio Federal. Ante la acentuación vergonzosa de sus riquezas consecuencia de las devaluaciones facineras y dogmáticas. Ante la actitud servil al poder financiero del anglocriollaje corporativo. Ante la reimposición del paradigma punitivo y achicador. Ante la purga estigmatizadora de nuestros símbolos y nuestras convicciones íntimas. Ante el ninguneo sobrador del unicato concentrista y sus provocaciones ponzoñosas. Ante el proceso de autoinmolación iniciado por goldmonkeys remasterizados y súperceos vernáculos del espectacularismo estupidiesta fetichero de sus cuevas cambiarias. Ante estas tenebrosas conspiraciones, nos declaramos en estado de guerra, una guerra total y absoluta contra todas sus maquinaciones emplearemos nuestros cuerpos y nuestros fusiles para matarlos empleando el uso justo y sistemático de la Violencia Amorosa. Pues, sabemos con certeza, que es el modo en que deben hacerse las cosas. No lo olviden nunca. Los pudorosos viven en montañas de bosta; no pueden parar de cagar, les gusta cagar y edificar a partir de lo defecado, es su naturaleza construir montañas y montañas de bosta y sentarse en la cima, es lo que saben hacer, lo hacen hace doscientos años. Llegó la hora de

dynamitarlos desde las entrañas. La nueva Patria surgirá. La nueva República prevalecerá. Su sangre y sus tripas serán abono para nuestros ladrillos. Los actos más terribles originan a veces las creaciones más perfectas.

140 años antes

Salustiano Amansio Ferlinghetti tenía algo de negro en su sangre. El Amansio daba fe de ello, pues no había otro modo de explicar semejante nombre de negro para un bebé rubicundo como Salustiano. Por eso mismo tal vez Salustiano Ferlinghetti se ocupó ni bien pudo de cambiarse el nombre, adelantándose así al genio de Domingo Faustino Sarmiento, Mauro Viale y tantos otros y otras. Extrañamente, en Salustiano no habían predominado los genes que dicen son predominantes y así pudo hacer carrera en una clase social lo suficientemente acomodada como para cabalgar hasta Buenos Ayres, llegarse hasta el caserón del patrón de esa gran estancia en pleno desarollo y exigirle a don Juan Manuel, sí, exigirle a don Juan Manuel que castigue con severidad a los verdugos de Manuel Dorrego. Pero Rosas lo sacó carpiendo, con elegancia, como corresponde a un patrón de estancia hecho a la imagen y semejanza de los Patrones de Estancia. Por eso Salustiano odiaba al gran Juan Manuel de Rosas incluso desde antes de que se hiciera dar las facultades extraordinarias. Ferlinghetti sabía, por cómo lo había tratado a él, que don Juan Manuel de Rosas era la clase de persona que hacía el mal sin pasión. Había que matarlo. Y lo mataron nomás. Ferlinghetti era la clase de persona sin raíces que se creía con más derecho que los demás acá y allá en el Futuro entre nosotros, que

un poco no éramos nada, pero pudimos hacerlo todo en aquellos pasados fundacionales. Una pena que lo hayan liquidado así a Moreno, envuelto como empanada en una bandera inglesa, en opinión de Ferlinghetti padre, una persona muy necesaria en todo tiempo y lugar el Dr. Mariano Moreno. De esos sí que no hay dos. Más grande que Superman y Batman, más grande que Charles Bronson y Denzel Washington, incluso antes de que los hubieran inventado a unos, y hubieran nacidos los otros. Porque Mariano tenía algo de la literatura de Laiseca con algo de Lamborghini y mucho de Aira, que todo tenía, tuvo y tiene y tendrá siempre algo de la literatura de Aira. Un capo total Mariano Moreno. Lástima que lo hicieron mierda. A Salustiano padre le resultaba casi imposible imaginar siquiera como tamaño gran hombre pudiera caer así de fácil a manos del anglocriollaje porteño de siempre, que ya los tenía hartos a todos en el país. Un día Ferlinghetti padre, el primero en una larga lista de cocoliches en la incipiente Argentina, llegó a decir: Por eso este país nunca tuvo arreglo y nunca lo tendrá. Y quién sepa entender la Historia de la Victoria de Buenos Ayres será quién realmente comprenda la verdadera Historia de los Argentinos. Todo estaba volviéndose loco y yéndose completamente a la mierda con don Juan Manuel de Rosas y esa era una verdad que no podía ocultarse, pero contra la que tampoco, aparentemente, podía combatirse. Qué habrá tenido ese hombre monumental de la gran Historia Argentina, el General Don Juan Manuel de Rosas, es una pregunta que de un modo u otro ninguno de los Ferlinghetti en todas sus

generaciones dejó de hacerse. No tenía respuesta. Porque incluso ajusticiado el tirano con la Máquina Infernal, su desgraciado mal persistía hasta nuestros tiempos futuros.

146 años antes

el Austríaco (que en realidad era italiano pero le decían Austríaco) se tomó un vaso de vino y se limpió la boca con la manga de su camisa roñosa, eructó suavemente y dijo que tenía diez mil pesos para pagarles, cinco ahora y cinco cuando terminen la diligencia. Los hermanos Güerri y Casimir se miraron todos entre ellos rascándose uno la quijada otro la nariz otro la cabeza. Era más de lo que podían ganar en un año en el matadero de don Echeverría. Enseguida dijeron que sí sin tener que decir que sí. Estaban envalentonados así que pidieron más vino. Uno de los hermanos Güerri, el más percutido, interpeló al Austríaco: qué tenemos que hacer. Tienen que matar al presidente, dijo encorvándose y en voz baja, allanando a sus costados con mirada severa. Los Güerri volvieron a cruzar miradas y soltaron una carcajada sincronizada que retumbó en la pulperia mohosa donde elucubraban el chanchullo. Casi esforzándose, Casimir se rio después. Afuera, las callejitas de tierra, el olor a bosta y hollín, los sopores del riachuelo, los murmullos advenedizos que llegaban desde las aceras. Hubo un silencio lioso, un instante. El Austríaco parpadeó y torció la mirada y en un arranque virulento apoyó el vaso sobre la tabla, el vino salpicó dramáticamente. *¡Porcos!*, puteó el Austríaco a la tríada camilucha: tienen que matar a Sarmiento. Tres años atrás,

López Jordán mandó a matar al traidor Urquiza, un tiro en la jeta bastó. Jamás le perdonó la retirada infame de Pavón. Sarmiento le había advertido a Mitre: No deje cicatrizar la herida de Pavón. Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste. Southampton o la horca. Cuestión que los tres ampones, previa logística, emboscaron a Sarmiento en el cruce de las calles Maipú y Corrientes mientras este se dirigía en su carroaje a visitar a una de sus innumerables amantes, dispararon sus trabucos desde corta distancia y uno de los proyectiles impactó en el pómulo de Sarmiento y lo mató casi en el acto. Si bien la policía logró reducir a los hermanos Güerri y también a Casimir, quienes tras una larga y efectiva golpiza confesaron que fueron contratados por el Austríaco, quien a su vez respondía a Carlos Querencio, quien a su vez respondía a López Jordán. Muerto, pues, el Loco, y publicada ya la obra que fundará los cimientos ideológicos de la República, *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*, su occiso fue secuestrado por una logia sarmientina y depositado en un tanque con formol para posteriormente, en algún futuro próximo, revivirlo.

159 años antes

y qué hicieron ellos si no *qué hicieron*

si no

lo decapitaron: clavaron su cabeza a una pica
en la plaza de Olta encadenaron por los pies
a Victoria Romero y la obligaron a barrer
eso hicieron con la oreja cortada de Chacho Peñaloza
banquetearon los patricios los felones los hijoeputas
ciento cincuenta y seis años después un Peña Braun
multimillonario jefe de ministros
preguntará por qué analizan

¿la coyuntura?

con la historia con el futuro
con las cosas que pasaron: son
en el ahora del presente: fueron
la vida porque: verga y puñal
de ningún lado venimos
patria malparida no tenemos:

ni abrazo
ni palabra
ni broncas
que sangrar

177 años antes

Como todos los días Manuelita recibió la correspondencia del Gran Restaurador Terrateniente Propietario de la Provincia de Buenos Ayres. Tomó entre sus manos un extraño paquete remitido por la Sociedad de Anticuarios del Norte venido desde Copenhague, Dinamarca. Como era su costumbre, se la llevó a su padre y la dejó sobre el escritorio. Esto llamó poderosamente la atención del Gran Restaurador Terrateniente Propietario de la Provincia de Buenos Ayres y Patrón de Estancias, no obstante lo cual prefirió abrir la caja misteriosa al día siguiente. Al otro día Manuelita fue la primera en llegar al despacho, muy temprano. El General Don Juan Manuel de Rosas observaba a través del ventanal la vastedad matinal de sus dominios palermitanos. Cuando la vio entrar reparó en la ansiedad que tenía su hija por abrir la caja: Vea niña, usted tiene mucha curiosidad de ver esa caja. Ábrala nomás, veremos juntos qué es lo que hay adentro. La princesa federal llamó a su amiga Telésfora Sánchez y juntas comenzaron a abrir el paquete. Parecían dos vampiresas entradas en carne disputándose una verga sangrante mientras desarmaban el envoltorio. Al principio se encontraron con una llave y luego con una caja envuelta en un fino paño blanco. Manuelita introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. La tapa se levantó bruscamente y se escuchó un ruido metálico

seguido de una estruendosa detonación. 16 pistolas distribuidas en forma circular, cuyos gatillos estaban unidos por un alambre al mecanismo de apertura, detonaron. El mecanismo no falló y Rosas y Manuelita su secretaria y amiga notarial, Telésfora, murieron casi en el acto. Dicen que Rosas alcanzó a murmurar: Malditos inmundos traidores unitarios. Ferlinghetti, enterado del magnicidio, celebró cuatrereando unas vacas en una de las estancias de Rosas, las cuales carneó y parrilló en un asado para el gauchaje adulador. No sabía Ferlinghetti que sus problemas recién acababan de comenzar.

194 años antes

el asesino Juan Lavalle y sus cómplices el almirante Brown, Juan Cruz Varela y todos los demás. Juzgado sin palabras ni sumario. Fusilado. Matado. Así, sin más. País sonámbulo. País ardido. País sombra herida. Puñal que hace sangrar la pampa vertical. El horizonte herido no alumbría la voz perdida. La palabra es inútil. La agonía es inútil. ¿Justamente a él que había tenido brotado del pecho el magma tremebundo de quien como los héroes vive y como los mártires muere?

Índice

25 años después.....	.
20 años después	
17 años después	
10 años, 2 meses y 7 días después	
10 años después	
8 años y algunas horas después	
6 años después	
5 años y 3 meses después	
5 años después	
4 años y 11 meses después	
4 años y 9 meses después	
4 años y 3 meses después	
2 años y medio después	
2 años después	
1 año y medio después	
Un mes más tarde	
20 días después	
Un par de semanas después	
2 días después	
1 día después	
Uno minutos después	
Punto Jonbar.....	
2 días antes	
4 días antes	
10 días antes	
Poco más de 2 meses antes	
5 años antes	
7 años antes	
10 años y unos cuantos meses antes	
19 años antes	
140 años antes	
146 años antes	
177 años antes	
194 años antes.....	



Ph: Laura A. Aguirre

Alfredo Germys - 1981. Es escritor, dramaturgo, editor de libros, y ruidista. Es fana de los videojuegos y las pelis de terror y ciencia ficción de los años 80 y 90 y la literatura new-weird. Le gustan los monos, las palmeras, el sol y los buenos calores. Junto al escritor Guido Moussa, creó el universo literario tropical, representado en las novelas escritas a cuatro manos “Trilogía de la Música” (*Rock, Electrónica y Folklore*), *Sabemos quién mató a Nisman* y *Putin vencerá*. Conduce el colectivo y sello editorial Literatura Tropical, junto a Agustina Bartoli y Laura Anahí Aguirre y Guido Moussa. Vive y trabaja en Resistencia junto a su compañera Laura, tiene tres hijos. Es hincha de Boca.



Ph: Laura A. Aguirre

Guido Moussa – 1978. Escritor, abogado, editor de libros, ruidista y disc jockey a la antigua usanza capaz de pasearse con maestría y elegancia por cualquier género como nadie. Puede ser Dj Sultán del Horror, pero también El Embajador del Buen Gusto. Además, es productor ganadero y consultor político actualmente desempleado y en busca de su primer empleo. Sus héroes son el *Coti Nosiglia*, Chacho Álvarez, Juan Domingo Perón y Diego Armando Maradona. Ama el calor y la horrible belleza tropical. Resistencia y el Chaco todo son su casa. Junto a Alfredo Germys creó el universo literario tropical, representado en las novelas escritas a cuatro manos “Trilogía de la Música” (*Rock, Electrónica y Folklore*), *Sabemos quién mató a Nisman*, *Putin vencerá* y las inéditas *Pescado Podrido* y *No hay lugar para fracasados*. Forma parte del colectivo y sello editorial Literatura Tropical, junto a Agustina Bartoli, Laura Anahí Aguirre y el Alfred. Vive y trabaja en Resistencia junto a su hija. Es hincha de Newell’s Old Boys.